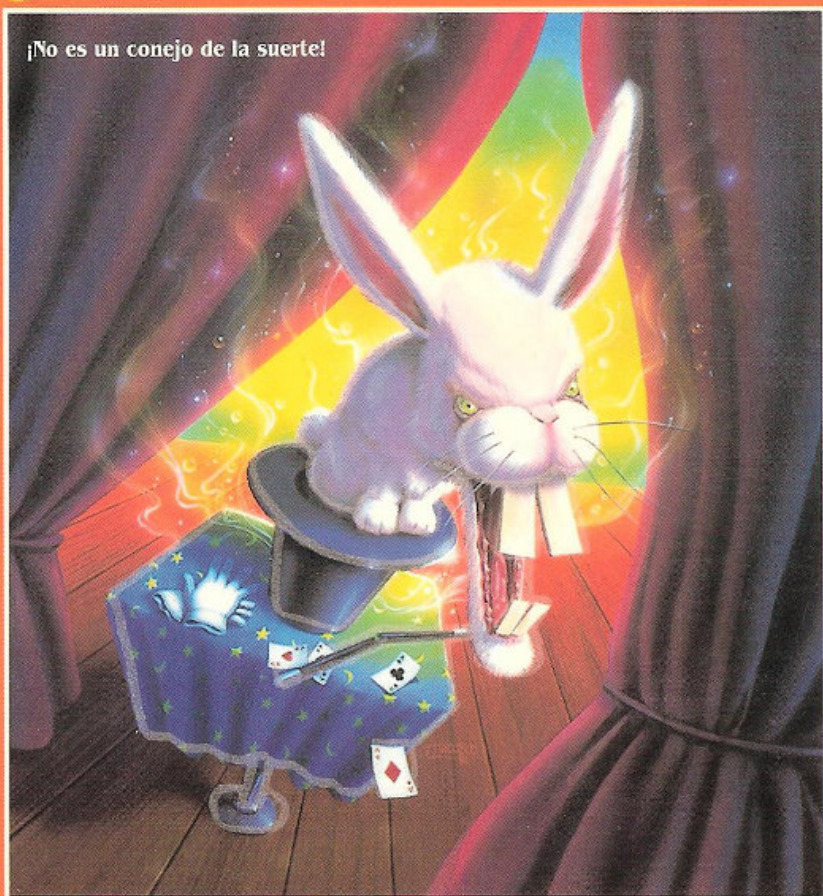


R. L. STINE

pesadillas

El mago diabólico

¡No es un conejo de la suerte!



de

Cartas trucadas, pañuelos que vuelan, palomas que desaparecen. A Tim Swanson le encantan los trucos de magia y sueña con convertirse en un gran mago, igual que su ídolo de siempre, Amaz-O.

Pero un día Tim va a ver la función de Amaz-O y descubre que su ídolo es un gruñón terrible. Entonces es cuando decide robar la maleta de los trucos secretos de Amaz-O.

Son trucos peligrosos: el de las bolas rojas que se multiplican, el de las serpientes...



R. L. Stine

El mago diabólico

Pesadillas — 39

ePub r1.1

javinintendero 11.07.13

Título original: *Goosebumps #41: Bad Hare Day*

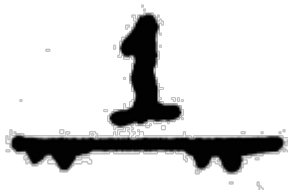
R. L. Stine, 1996

Traducción: Francisco Martín Arribas

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.0





—Coge una carta, la que sea —dije, desplegando boca abajo la baraja delante de Sue Mailer. Ella soltó una risita y cogió una—. No me la enseñes —le advertí. Ella miró la carta sin mostrármela.

Como ya habían terminado las clases, ante la escalera del colegio se había formado un grupito de chicos y Sue les enseñó la carta.

Me encanta hacer trucos de magia, y más si tengo público. Mi sueño es ser un gran mago, como mi ídolo Amaz-O.

He pensado ya algunos nombres artísticos. Yo, en realidad, me llamo Tim Swanson, pero es demasiado soso para un mago profesional. Había pensado en llamarme Swanz-O, aunque mi mejor amigo, Foz, dice que Swanz-O suena a nombre de detergente.

—Bueno, Sue —dije en voz más alta para que todos me oyeran —, vuelve a meterla en la baraja.

Sue mezcló el naípe con las otras cartas. Yo las barajé y les di tres golpecitos.

—Ahora haré que tu cata aparezca encima de todas —anuncié.

Tap, tap, tap. Cogí la carta de arriba y se la enseñé a Sue.

—¿Es la que tú elegiste? —le pregunté.

—¡El tres de bastos! —exclamó con expresión—. ¡La que yo cogí!

—¿Cómo lo has hecho? —me preguntó Jesse Brown.

—Los magos nunca revelan sus secretos —respondí, haciendo una reverencia—. Y ahora mi siguiente truco...

—Yo sé cómo lo ha hecho —dijo mi hermanita, metiéndose de

pronto en el grupo. Al oír su voz cascada se me puso la carne de gallina. Le encanta fastidiarme los trucos de magia.

Pero un buen mago no se arredra ante nada, y dirigí mi mejor y más falsa sonrisa a la mocosa.

—¡Señoras y caballeros, mi apreciada ayudante, Ginny!

—Yo no soy ayudante, cara monstruo —gruño Ginny—. A mí no me lies para hacer trucos raros de magia. Lo mio es el karate. ¡Atento! —añadió, demostrando su certero golpe de kárate.

Algunos chicos se echaron a reír y yo fingí hacerlo.

—¡Ja, ja! ¡Qué tremenda!

Todos dicen que Ginny parece un ángel; tiene el pelo rubio, largo y ondulado, las mejillas rosadas y unos enormes ojos azules. La gente siempre lanza exclamaciones de simpatía al verla.

En cambio a mí nunca me dicen nada. Mi pelo es castaño rizado, tengo los ojos castaños y ya he cumplido doce años; una «bonita edad», según mamá.

Mi nariz es larga y se curva en la punta como una salchicha, y a Ginny le divierte darme en ella un papirotazo con el dedo, diciendo: «¡Chan!»

Claro, su nariz es pequeña y perfecta.

Intenté continuar mi actuación, con Ginny o sin ella. Me guarde la baraja en el bolsillo y saqué mi pañuelo mágico.

—Y ahora os maravillaré con...

Ginny metió la mano en mi bolsillo y me quitó las cartas.

—¡Mirad, mirad! —exclamó, enseñándoselas a todos—. ¡Son todas el tres de bastos!

Empezó a pasarlas para que todos lo vieran.

—¡Eh, devuélvemelas! —protesté, arrebatándoselas. Era cierto: todas las cartas de la baraja eran el tres de bastos, pero eso no tenía que saberlo nadie.

—Eres un farsante, Tim —me acusó ella entre dientes.

—¡No... esperad! —grité yo—. ¡Mirad esto!

Saqué apresuradamente mis anillas mágicas; dos argollas de plata enganchadas. Los chicos se calmaron un poco.

Estas anillas de plata están unidas —anuncié—. ¡Dos fuertes anillas... unidas entre sí! —Tiré de ellas para demostrar que no se podían separar y luego se las pasé Jesse.

—Anda, intenta separarlas —invité. Él tiró con fuerza y después con suavidad. Volvió a tirar fuerte y a entrechocarlas, pero las anillas no se soltaban. De nuevo las cogí yo.

—Las anillas no se pueden soltar si no pronuncio las palabras mágicas —dije, pasando una mano por encima de las ellas—. Abracadabra.

Las desuní despacio y un par de chicos aplaudió.

—No iréis a creerlos ese viejo truco, ¿verdad? —intervino Ginny, burlona—. ¿Queréis saber cómo lo hace? —añadió, cogiendo las anillas y poniéndose manos a la obra—. Son anillas trucadas...

—¡Ahora haré desaparecer a mi encantadora ayudante! —grité, empujando a Ginny—. ¡Humo!

—¡A mí no me empujes! ¡Ahora verás! —gritó, y me arreó una patada de kárate en el estómago.

—¡Ay! —exclamé, encogiéndome, mientras todos se echaban a reír y aplaudían.

—¡Eso sí que es un buen truco! —dijo Sue.

Yo me apretaba el estómago. Un truco...

La tonta de Ginny con sus patadas de kárate.

¿Por qué habría tenido mamá que apuntarla a clase de artes marciales? Desde entonces me hace la vida imposible. No tiene más que diez años y pelea mucho mejor que yo, como lo demuestran todos los morados que tengo.

—¡Dale otra! —chilló uno.

Ginny se agachó dispuesta a atacar.

—Inténtalo y le diré a mamá quién ha hecho la abolladura de la nevera —le advertí.

Eso la contuvo, porque sabe que mamá la mataría por dar golpes de kárate a la nevera por el simple hecho de haberse terminado el helado.

—No va a arrearle —dijo Jesse—. Se acabó el espectáculo.

Los chicos comenzaron a irse.

—¡Esperad! —grité—. ¡Volved!

—Hasta mañana, Tim —dijo Sue, mientras todos echaban a andar hacia sus casas.

—Gracias por estropeármelo todo, Ginny —le largué.

—¡Chan! —respondió ella, y me soltó un papirotazo en la nariz.

—¡Estate quieta! —dije, fingiendo darle con ganas—. Te la vas a cargar, ahora si que voy a decirle a mamá lo de la nevera.

—Como quieras —replicó ella, retadora—. Pero entonces te doy a ti un golpe igual que el de la nevera. —Y se puso a agitar los brazos en el aire, haciendo esos ruidos raros de kárate—. ¡Gua gua güi... ah! ¡Y en el cuello, para que no puedas volver a andar!

Y echó a correr.

—¡Nos vemos en casa, Swanz-O!

Esto es lo que tengo que soportar a diario. Una hermanita capaz de desnucarme con las manos desnudas. ¿Qué puedo hacer? Estoy indefenso.

Por eso quiero ser mago. Ginny tal vez sea capaz de arrancarme los brazos de un golpe de kárate, pero... ¡no podrá hacerlo si yo la hago desaparecer antes!

Lance un suspiro y me abroché la cazadora vaquera. Eran casi las cuatro y empezaba a refrescar.

Se había levantado viento. ¿Cuándo hará calor?, pensé. Estamos a finales de marzo... ya tendría que haber llegado la primavera.

La puerta del colegio se abrió de golpe.

—¡Me largo! —gritó Foz.

Foz se llama en realidad Foster Martin, pero como ese nombre no le pega todos le llaman Foz.

Es rechoncho con el pelo moreno cortado a cepillo y siempre lleva la camisa por fuera.

—¿De dónde vienes? —le pregunté.

—La señora Pratt me ha castigado después de clase —me contestó él con una mueca de disgusto.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por nada.

A Foz le hacen quedarse casi todos los días después de clase, y siempre dice que es por nada.

Cogí mi estuche de magia y comencé a bajar la escalera del colegio seguido de Foz. Dejamos atrás el edificio y echamos a andar hacia la ciudad.

—¿Qué hacías tan tarde en el colegio? —me preguntó.

—Probando con unos juegos de magia, pero Ginny les ha explicado a todos el truco y ha sido un desastre.

—Necesitas trucos mejores, Tim —me aconsejó Foz—. Muchos chicos tienen el mismo estuche de magia que tú.

—Tienes razón —convine sacudiendo el estuche—. Esto es para aficionados. Tengo que pasar a auténticos trucos de magia de profesional.

—Un sombrero del que sale un conejo.

—O la caja giratoria de Amaz-O —añadí yo.

Amaz-O era mi ídolo, el mejor mago del mundo.

—¿Le viste en la tele la semana pasada? Su ayudante se metió en una gran caja negra, Amaz-O le dio tres vueltas y la chica desapareció.

—Va a actuar en Midnight Mansion —añadió Foz. Midnight Mansion es un club de la ciudad en que todas las noches presentan actuaciones de magia.

—Ya. Ojalá pudiese ir, pero la entrada cuesta veinticinco dólares.

Tomamos por Bank Street y nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. No era el camino de casa, pero a Foz no le extrañó porque en esa calle estaba la tienda de magia Malik's. Yo me pasaba por allí al menos una vez por semana para mirar embobado los trucos chulísimos que había.

—Tienen muchos trucos nuevos diseñados por el propio Amaz-O —le dije a Foz.

—Seguro que son muy caros —dijo él.

—Sí. —Metí la mano en el bolsillo para ver el dinero que llevaba: cinco dólares.

—Para comprarte una flor sorpresa... si es que alcanza —dijo Foz.

Me guardé los cinco dólares.

—Tienen un truco impresionante. Es una mesa que le pones encima un plato o algo... lo que quieras. ¡Y el plato se alza sobre el tablero y flota!

—¿Y cuál es el truco? —preguntó Foz.

—No lo sé. El señor Malik no quiso explicármelo. Dice que tienes que comprarlo para saberlo.

—¿Y cuánto cuesta?

—Quinientos dólares.

Foz puso los ojos en blanco.

—Me parece que tendrás que seguir con los trucos de baraja.

—Eso creo —suspiré.

Cuando abrimos la puerta de Malilās sonó una campanita y enseguida sentí el olor a viejo de la tienda atestada de trucos antiguos y nuevos, libros de magia y disfraces. En la parte de atrás había hasta jaulas para conejos y palomas. El señor Malik vendía de todo.

—Hola, señor Malik —saludé.

El tendero estaba detrás de la caja registradora. Era un hombre bajo, calvo y barrigón.

Aguardé a que me dijera: «¿Qué hay, Magoo?» con su voz grave, la manera en que recibe a sus clientes habituales.

Volví a decir «¡Hola!», pero él no contestó. Siguió de pie donde estaba y lanzó un gruñido.

—¿Señor Malik? —Foz y yo nos fuimos acercando al mostrador.

—¡Humm! —gruñó el señor Malik, dando un traspié hacia delante.

Algo sobresalía de su barriga. ¡Una espada!

—Señor Malik, ¿le pasa algo? —pregunté.

El agarró el mango de la espada y gimió de dolor.

¡Se la habían clavado!

—¡Ayudadme! —masculló—. ¡Ayudadme... por favor!

Foz y yo nos quedamos helados.

Yo dejé escapar un grito ahogado, pero el miedo me permitía moverme. A Foz le temblaba todo el cuerpo.

El señor Malik lanzó otro gruñido y de pronto su expresión cambió. Tiró de la espada y me la lanzó.

—¡Eh! —grité yo—. ¡Pero si es falsa!

El señor Malik se echó a reír, frotándose la redonda panza que nadie le había pinchado.

—¿Qué hay de nuevo, Magoo? —dijo entre unas fuertes carcajadas—. Tengo un cargamento de espadas trucadas como ésta. Las he recibido hoy mismo.

Probé la espada contra mi estómago. La hoja se deslizaba. La apreté para que entrara en el mango, la solté y volvió a salir. Qué chulo.

Foz tocó la hoja.

—¡Imagínate los trucos que podrías hacerle a Ginn con una esada como ésta!

—¿Te gusta, Tim? —me preguntó el señor Malik—. Sólo cuesta veinte dólares.

Yo asentí con un gesto.

—Sólo estamos mirando, señor Malik.

El colgó la espada en la pared, a sus espaldas.

—De acuerdo. Mirad lo que queráis. Pero tampoco estaría de más que compraras algo de vez en cuando.

Eso también lo dice siempre el señor Malik.

Seguí hasta el fondo de la tienda miré un perchero en el que colgaban varias chaquetas de mago.

Cogí una americana de esmoquin azul centelleante y me la robé. Tenía una manga trucada para esconder cosas.

Me miré en el espejo y ensayé una presentación: «¡El fantástico Swanz-O!»

Foz hizo un gesto de rechazo.

—Ese nombre es muy flojo.

—Sí, tienes razón. —Pensé otro nombre—. ¿Qué te parece Swanson el Magnífico?

—Bien —contestó Foz—. Un poco soso, pero suena mejor.

El se probó un sombrero de copa.

—Necesitas algo mejor, como Tim el Destructor —añadió.

—Eso suena a lucha libre —comenté.

—Pero al menos no es cursi como Swanz-O —replicó Foz.

—Eh, chicos —dijo el señor Malik, quien se acercó a nosotros arrastrando los pies y nos tendió dos entradas—. Tomad, si queréis. Dos pases para el espectáculo de Amaz-O mañana por la noche.

—¡Caray! —exclamé yo. Cogí uno y lo leí.

UN PASE
VELADA CON
EL GRAN AMAZ-O
23 DE MARZO
10 DE LA NOCHE
MIDNIGHT MANSION

»¡Gracias señor Malick! ¡No me puedo creer que vayamos a ver a

Amaz-O en persona! ¡Mañana por la noche! —exclamé atropelladamente.

—¿Mañana por la noche? —dijo Foz, mirando su entrada con las cejas fruncidas—. Yo no puedo. Celebramos el cumpleaños de mi madre y van a venir mis tíos.

—¿Y qué? ¡Es una oportunidad única! Tu madre celebra su aniversario todos los años.

Foz me puso la entrada en la mano, meneando la cabeza.

—Yo conozco a mi madre... y ella no será de tu opinión. De todos modos, pasado mañana tenemos clase.

Yo ya ni me acordaba. Esperaba que mi madre me dejase ir pero las diez era muy tarde para salir considerando que al día siguiente debíamos ir al colegio.

Tenía que dejarme ir, pensé animado. Tenía que dejarme. ¿Iba a ser una madre tan horrenda como para no permitir que su hijo fuese a ver a su ídolo? Eso no lo haría ni la peor madre. Y la mía es un poco gruñona; pero no es un monstruo.

Me quité la americana y volví a colgarla en el perchero. Me llamó la atención una enorme caja de madera. Era tan grande como un ataúd y estaba pintada con estrellas rojas y amarillas. Abrí la tapa.

Por dentro estaba vacía y forrada de terciopelo azul.

—¿Para qué es esta caja, señor Malik?

—Para cortar a la gente por la mitad —contestó.

Miré el interior, tratando de imaginarme cómo funcionaría, pero no descubrí ningún compartimiento secreto, ni paneles, ni nada parecido.

—¿Cómo funciona? —le pregunté.

—¿Vas a comprarla?

—Pues... ¿cuánto cuesta?

—Dos cincuenta.

—¿Dos dólares y cincuenta centavos? Pues sí que puedo comprarla.

El señor Malik hizo un gesto despectivo mientras se dirigía al almacén en la trastienda.

—Dos dólares y cincuenta centavos... —masculló—. Pero ¡qué dices!

—Vale exactamente doscientos cincuenta dólares, Cerebr-O —dijo Foz.

—Ya lo sé. Lo he dicho en broma —contesté para disimular.

Foz estaba fisgando un truco muy chulo en un rincón y me acerqué a mirarlo.

—Es una guillotina para cortar cabezas —explicó.

La guillotina tenía abajo un apoyadero para que la víctima colocase la cabeza... y, en lo alto, una afilada cuchilla.

El señor Malik salió de la trastienda.

—Voy a cerrar, chicos —anunció.

—A ver cómo funciona —dijo Foz, accionando una palanca de la guillotina.

—¡No... Foz! —grité.

La cuchilla cayó con un chasquido horrible.

—¡Mi mano! —chilló Foz—. ¡Mi mano!

2

El señor Malik ahogó un grito.

—¡Voy a pedir una ambulancia! —dijo, cogiendo el receptor del teléfono.

La cuchilla de la guillotina le había cortado la mano a Foz, que gritaba de dolor.

—¡Oh! —chillaba—. ¡Me he cortado la mano y no podré volver a escribir!

Yo me eché a reír.

—¿De qué te ríes? —dijo el señor Malik—. ¡Es un caso de urgencia!

—Qué va —dijo Foz, alzando las manos para demostrar que no le pasaba nada—. ¿Tiene una servilleta de papel para limpiarme la sangre falsa?

—¿Falsa? —balbució el señor Malik—. ¿Sangre falsa?

—Eso va por lo del truco de la espada —dije yo.

El señor Malik se llevó las manos a la frente sudorosa.

—¡Qué bobo! Sabía que era una guillotina de pega. ¿Cómo he podido picar con esa tontería?

—Eh —replicó Foz—, ha sido mucho más divertido que lo de la espada clavada.

El señor Malik se enjugó la frente y sonrió.

—Bueno, chicos, basta de trucos por hoy. Son las cinco. Marchaos —dijo, y nos empujó hacia la puerta.

—Gracias por las entradas, señor Malik —dije yo—. Hasta la semana que viene.

—Sí, eso es. La semana que viene tendré nuevos trucos que no compraréis.

Al salir de la tienda sonó la campanilla y Foz y yo caminamos por Bank Street hacia casa.

—¿De verdad que no vas a venir mañana por la noche a Midnight Mansion? —le pregunté.

—Imposible. Tu madre tampoco te dejará ir.

—Ya me las arreglaré —aseguré—. Ya verás.

Nos paramos delante de la casa de Foz.

—Mañana después de clase ven a mi casa —le invité—. Voy a hacer más juegos de magia. Pero esta vez no me los estropeará Ginny.

—Ahí estaré —prometió Foz.

—Y trae el conejito de tu hermana —añadí.

Foz meneó los pies incómodo.

—A Clare no le va a gustar... —comenzó a decir.

—Foz, por favor —insistí—. Precisamente esta noche voy a acabar la mesa. Va ser un truco fantástico...

—Está bien, lo intentaré —dijo Foz—. Pero si le pasa algo al conejo, Clare me mata.

—No le pasará nada... te lo prometo.

Le dije adiós con la mano y me marche a casa.

—¡Ha llegado el Gran Swanzini! —exclamé mientras entraba en la cocina.

—Querrás decir el Gran Capullo —musitó Ginny, que estaba sentada a la mesa doblando servilletas. Alargó la mano para darme en la nariz—. ¡Chan!

—No me toques —le advertí, apartándosela de un manotazo.

Mamá puso en la mesa una fuente con pollo.

—Tim, ve a lavarte —me orden—. Y dile a tu padre que la cena está lista.

—Mira, mamá —dije, enseñándole una moneda, y con un movimiento rápido de muñeca me la escondí en la manga—. ¡La he hecho desaparecer!

Le mostré las dos manos vacías.

—Ya. Dos manos sucias —observó mi madre, imperturbable.

—Yo he visto cómo te metías la moneda en la manga —se burló

Ginny.

—Aquí nadie aprecia mis trucos —protesté—. Algún día seré el mejor mago del mundo. ¡Y mi familia no me hace ni caso!

Mamá se acercó a la puerta de la cocina.

—¡Bill, la cena! —gritó hacia la escalera para que lo oyera mi padre en el piso de arriba.

Yo salí de la cocina para lavarme las manos. Mis padres no se tomaban en serio lo de mi magia. Lo consideraban un simple pasatiempo.

En cambio las clases de kárate de Ginny eran lo mas importante del mundo, eso sí. Mamá no paraba de decir: «Las chicas tienen que saber defenderse.» ¡Y ahora soy yo quien necesita defenderse de mi hermana!

Volví a la cocina y me senté. Mama me sirvió un trozo de pollo en el plato de arroz. Papá y Ginny ya habían empezado a comer.

—He tenido un día fatal en el trabajo —se lamentó mamá, atacando su arroz. Es asesora de dirección en un instituto—. Primero Michael Lamb amenazó con pegar a un compañero. Su profesora le regañó y entonces él también la amenazó. La profesora lo envió a mi despacho y cuando traté de hablarle, me dijo que iba a pegarme. Así que mandé llamar a su madre y ella... intentó pegarme. ¡Al final tuve que llamar a la policía!

—Eso no es nada comparado con el día que he tenido yo —replicó papá. Papá vende coches—. Llega uno y me dice que quiere probar el nuevo monovolumen. Le entrego las llaves, se marcha y si te he visto no me acuerdo. ¡Me lo ha robado!

Yo suspiré y seguí comiendo arroz. La cena siempre es igual. Mis padres detestan su trabajo.

—Yo también he tenido un día fatal —terció Ginny—. Michael Franklin me tomó el pelo y tuve que darle un golpe de kárate en la pierna.

—Pobrecita —comenté yo con una sonrisita.

Mamá arrugó la frente: su típico gesto de preocupación.

—Ginny, ¿no te habrás hecho daño, verdad?

—No —contestó Ginny—, pero podría habérmelo hecho.

—¿Y yo qué? —protesté—. A mí me dieron una buena patada en el estómago. ¡Y con lo que duele eso!

—Ahora ya estás bien, ¿no? —intervino papá.

Desistí. Sabía que era inútil discutir. Mamá y papá siempre están de parte de Ginny.

—¿Hay postre? —preguntó Ginny.

—Helado —contestó mamá.

—Yo quito la mesa —dije, con la esperanza de que mamá se pusiera de mejor humor. Necesitaba que mis padres estuvieran lo más contentos posible, porque estaba a punto de planteárselo.

¿Me dejarían ir a Midnight Mansion al día siguiente por la noche?

3

Me levanté y me puse a recoger los platos sucios.

—¿Sabéis una cosa? Amaz-O actúa mañana por la noche en Midnight Mansion, y el señor Malik me ha regalado dos entradas.

Contuve la respiración, a ver qué decían.

—¡Estupendo, así yo también podré ir! —gritó Ginny.

—No pienso llevarte —repliqu—. Se lo diré a Mark, a Jesse o a algún otro. Cualquiera menos tú.

Dejé los platos en el fregadero con estrépito, pero por suerte no llegaron a romperse.

—Tim, ten cuidado —me advirtió mamá.

Ginny se acercó rápido al fregadero y trató de darme un achuchón.

—Tim, por favor. Soy tu hermana. Tu única hermana. Sabes que haría lo que fuera por ti. ¡Tienes que llevarme!

—No iréis ninguno de los dos —replicó papá sin levantar la voz—. Pasado mañana tenéis clases.

—¡Papá, si es gratis! —protesté yo—. Sólo esta vez. Amaz-O es mi ídolo. ¡Y no tendré otra ocasión de verlo!

—¿A qué hora empieza la función? —preguntó mamá.

—A las diez —contesté.

Ella meneó la cabeza.

—Ni hablar. A las diez no sales teniendo que ir al cole. Y menos a un club nocturno. Eres demasiado pequeño —dijo, sirviendo nata en un cuenco con gesto determinado.

—¡Mamá, por favor! —supliqué—. Tengo doce años y sé

comportarme.

—Ya has oído a tu madre —dijo papá—. Ya tendrás ocasión de ver a Amaz-O, Tim, no te preocupes.

Mama me ofreció un cuenco de helado.

—No tengo hambre —refunfuñé y salí de estampida de la cocina.

Al salir, oí que Ginny decía:

—Qué bien, así me tomo doble ración de helado.

Me fui al garaje. En un rincón tenía el nuevo truco que estaba haciendo: la mesa para el conejo.

Era una mesa cuadrada que me llegaba a la cintura. El tablero tenía un agujero que daba a un compartimiento secreto.

Pensaba meter un conejo en el compartimiento y tapar el agujero con mi chistera mágica. Luego apretaría el pedal que había en una pata de la mesa, se levantaría el fondo del compartimiento secreto, yo alzaría la chistera y... ¡aparecería el conejo!

La tenía casi acabada. La puse patas arriba y clavé el fondo del compartimiento secreto.

«Este truco los dejará a todos boquiabiertos mañana por la tarde —pensé—. ¡Seré casi como Amaz-O!»

Estaba tan ocupado dando golpes que no oí abrirse la puerta del garaje. De pronto descubrí ante mí dos botas de color azul claro. Ni siquiera tenía que levantar la cabeza: en cuanto las vi reconocí las malolientes deportivas de Ginny.

—Vete —ordené.

Ella nunca me hace caso.

—¿Vas a hacer mañana el truco del conejo? —preguntó.

—Pues sí. Y ahora lárgate.

—¿Y de dónde vas a sacar el conejo?

Dejé el martillo.

—A ti voy a convertirte en conejo.

—Ja, ja —se burló ella, ahuecándose el pelo rubio ondulado—. ¿Sabes para lo que sería ideal para esa mesa? —añadió—. Para un golpe de karate. Seguro que puedo partirla por la mitad con una sola mano.

—Inténtalo y...

—¿Y qué? —replicó, desafiante.

¿Qué podía hacerle yo? Poca cosa.

—Te convierto en conejo de verdad —amenacé.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo?

—Muy fácil —contesté—. El señor Malik me lo ha enseñado. Esta noche, cuando estés durmiendo, entraré en tu cuarto y te convertiré en conejo.

—Vamos, anda —me dijo ella—. Qué tontería.

—Tal vez sí. Tal vez no. Esta noche lo veremos —dije, y cogí de nuevo el martillo—. Espero que te gusten las zanahorias —añadí.

—Estás loco —dijo ella, y salió deprisa del garaje.

«Bueno —pensé—, de momento al menos me la he quitado de encima.»

Volví a poner la mesa sobre las patas. Sólo me faltaba pintarla.

«¿No sería fantástico? —pensé mientras abría el bote de pintura azul—. ¿No sería fantástico convertir realmente a Ginny en conejo?»

Pero eso era imposible, ¿no?

4

—¡El truco del conejo! ¡El truco del conejo!

Ginny estaba sentada en el césped de nuestro jardín con otros seis o siete chicos, mientras yo representaba mi función de magia. Ella ya empezaba a armar jaleo porque sabía que me faltaba el conejo. Yo aguardaba a que apareciera Foz.

«¿Dónde estará? —pensé—. ¡Me está arruinando el número!»

Los otros chicos se pusieron a corear a Ginny.

«¡El truco del conejo! ¡El truco del conejo!»

Yo traté de calmarlos.

—Ya va, ya va; enseguida daremos paso al increíble y fantástico número del conejo —prometí—. Pero antes, ¿qué tal si vuelvo a sacar una moneda la oreja de Ginny?

—¡No! —gritaron entre silbidos.

—Lucha de kárate —intervino Sue—. Queremos combate. ¡Ginny contra Tim!

Las cosas se estaban poniendo feas.

Finalmente vi aparecer a Foz a un lado de la casa, haciéndome señas con la mano como un loco.

—¡Un descanso! —anuncié—. Vuelvo dentro de dos minutos para... ¡sacar un conejo de la chistera!

Me dirigí apresuradamente hacia donde estaba Foz, que tenía a sus pies una gran caja de cartón.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté.

—Perdona —contestó él—. Es que he tenido que quitárselo a Clare casi de las manos.

Abrí la caja y el rechoncho conejo blanco de Clare alzó la nariz y me olisqueó. Lo cogí y lo escondí dentro de mi chaqueta.

—¡Ten cuidado! —me advirtió Foz—. ¡Si le pasa algo, mi hermana me hará picadillo!

—No le pasará nada —repliqué—. ¿Qué iba a pasarle?

Dando la espalda al público, metí al conejo en el compartimiento secreto de la mesa y le puse encima la chistera.

Me volví hacia los chicos. No habían visto nada. Perfecto.

—¡Damas y caballeros! —exclamé yo—. Gracias por su paciencia. He aquí lo que tanto esperaban...

—¡Combate de kárate! —exclamó Ginny.

—¡Mejor aún que un combate de karate! —repliqué—. Yo, el Gran Timothini, ¡voy a sacar un conejo de esta chistera!

—¿El Gran Timothini? —repitió Ginny en tono burlón.

—Tú, la de la cuarta fila —dije, señalándola—. A ver si te callas.

—¡Te callas tú! —replicó ella.

—¡Vamos, sigue! —me animó Jesse.

—De acuerdo. Ahora necesito silencio absoluto. Tengo que concentrarme.

Para mi sorpresa, los chicos se calmaron; incluso Ginny. Todos me miraban expectantes.

Alcé la chistera de la mesa.

—Como podéis ver, la chistera esta vacía. Es una chistera normal y corriente. Sue, ¿quieres examinarla, por favor?

Le pasé la chistera a Sue y ella la puso boca arriba.

—Sí, me parece una chistera corriente —convino.

Puse la chistera encima de la mesa tapando el secreto.

—Gracias, Sue. Y ahora, atentos...

Hice unos pases con las manos sobre la chistera.

—¡Abracadabra, abracadabra, conejo, conejo, aparece!

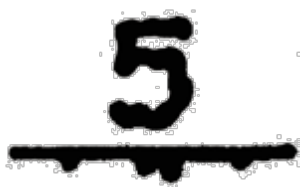
Pisé el pedal para que subiera el conejo y levanté la chistera con ademán triunfal.

Pero nada. La chistera seguía vacía.

Mire en el compartimiento secreto y no distinguí ningún conejo.

El corazón me latía a toda velocidad. ¿Cómo era posible?

—¡Ha desaparecido el conejo! —grité.



«¿Qué habré hecho? —pensé horrorizado—. ¡Me ha salido el truco mejor de lo que pensaba!»

Alcé la vista y vi a Ginny señalando hacia un lado del patio.

—¡Va por ahí! —gritaba—. ¡Ahí va el conejo!

Giré sobre mis talones y vi al conejo de Clare alejándose a saltos.

«¿Cómo ha podido suceder? —pensé al mirar de nuevo en el compartimiento secreto me di cuenta de que había dejado sin clavar uno de los lados—. ¿Cómo habré podido ser tan tonto?»

—¡Tim, me lo prometiste! —me grito Fo—. Eché a correr tras el conejo seguido por mi amigo, que echaba chispas. El conejo iba ya por la mitad del patio trasero de los vecinos. Miré hacia atrás y vi que Ginny y los otros chicos corrían detrás de nosotros chillando.

El conejo se detuvo detrás de un arbusto. Yo apreté a correr aún más y me tiré sobre él.

—¡Ya lo tengo! —grité; pero el conejo se me escapó de entre las manos y huyó a saltos.

—¡Se va hacia el arroyo! —gritó Ginny.

Por detrás de los patios traseros de nuestro bloque de casas corría un arroyo cenagoso, y el conejo desapareció tras los árboles que lo bordeaban.

Dando gritos de alegría, Ginny encabezaba el grupo de chicos que corrían tras él.

—¡Deteneos! —les grité—. ¡Lo estáis asustando y se aleja más!

Pero nadie me hizo caso. No quedaba más remedio que seguir persiguiéndolo.

—¡No dejéis que salte al agua, que se ahogará! —chilló Foz.

—Qué se va a ahogar —le dije yo—. El arroyo no cubre ni cinco centímetros.

—¡Cogedlo! —exclamaba Foz, completamente fuera de sí. Tal vez fuese verdad que su hermana iba a hacerle picadillo.

El conejo cruzó a saltos el fango del arroyo y se metió en el patio de los Darby. Yo detuve a los chicos y crucé el arroyo salpicando de lo lindo.

El conejo se había quedado quieto y no paraba de mover las orejas.

Les indiqué a todos que se quedaran donde estaban, me puse a gatas y avancé hacia el conejo.

Entonces comprendí por qué se había parado.

Bubú, el gato de los Darby, estaba agazapado entre las hierbas dispuesto a saltar sobre él.

El conejo estaba entre dos fuegos, y yo seguí arrastrándome despacito. Estaba ya a punto de alcanzarlo... cuando Foz chilló:

—¡Cuidado con el gato!

De pronto el gato se abalanzó sobre él con un horrible maullido y el conejo dio un salto de treinta centímetros. Por desgracia no lo pude coger.

—¡Me has fastidiado! —grité.

—¡Tú, que lo has dejado escapar! —me replicó Foz.

—¡Eh! —gritó Sue—. ¡Mirad a Ginny!

Ginny llegaba a la carrera, y el conejo se detuvo para echar a correr de nuevo. Pero ella dio un enorme salto mascullando sus extraños gritos de kárate y aterrizó delante de él. El animal intentó escapar por otro lado, pero fue en vano.

—¡Eh... tú! —exclamó Ginny. Se lanzó sobre el conejo, lo agarró y lo alzó sobre su cabeza como un trofeo.

—¡Lo he cogido! —grit—. ¡Lo he cogido!

—¡Muy bien, Ginny! —la felicitaban todos, dándole palmadas en la espalda.

—¡Que no se te escape! —advirtió Foz, quien echó a correr hacia ella y se lo arrebató de las manos.

Todos emprendimos el regreso hacia mi patio.

—Fantástico truco, Tim —dijo Jesse, dándome unas palmaditas

en la espalda—. Has estado a punto de hacerlo desaparecer de verdad.

Todos se echaron a reír.

—Cámbiate el nombre artístico, Timothini —terció Sue—. Te quedaría mejor el Gran Bobolini.

—¡O el Gran Liente! —añadió Jesse.

Lancé un suspiro y cerré los ojos. Otra vez mi función de magia acababa en desastre.

—¿Te das cuenta de que has estado a punto de perder el conejo de mi hermana? —farfulló Foz.

—Lo siento, Foz. La próxima vez tendré mas cuidado.

Él sujetaba con fuerza el conejo contra su pecho.

—La próxima vez tendrás que buscarte otro conejo.

Y echó a correr hacia la casa a guardarlo en la caja.

—¿Alguien viene a mi casa? —preguntó Jesse—. Tengo un buen truco que enseñaros: el perro que desaparece. ¡Le quito la cadena y echa a correr! —exclamó.

Los chicos se marcharon riéndose a casa de Jesse y Foz se llevó el conejo para devolvérselo a su hermana.

—¿Nos acompañas a casa de Jesse? —me dijo Ginny.

Le dije que no con la cabeza.

—Voy a entrar a comer algo.

—En adelante tal vez sea mejor que hagas los juegos de magia bajo techo ¡para que no se te escapen los trucos! —me aconsejó con una risita.

—Muy graciosa —murmuré—. No te reirás así cuando te transforme en conejo. No creo que los conejos sepan reír.

—Aaah, qué miedo —contestó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Te lo advierto —le dije, inclinándome sobre ella—. Esta misma noche, mientras duermas, te convertiré en conejo. Y si intentas escapar el gato de los Darby acabará cazándote.

Ella volvió a poner los ojos en blanco y alzó la mano para pellizcarme la nariz.

—¡Chan!

Y salió corriendo hacia casa de Jesse.

«Decididamente, tengo que conseguir trucos —pensé mientras entraba en casa con desgana—. Y artilugios que me permitan

presentar núros realmente guapos. Trucos que funcionen.»

Pensé en todo lo que tenía el señor Malik en su tienda. Si pudiera tener uno de aquellos trucos podría montar una buena función. Tengo que conseguir uno como sea.

Pero ¿cómo?

Aquella noche se acostaron todos pronto. Mamá y papá estaban agotados y de mal humor después de otro día fatal en el trabajo.

—¡Hoy sí que he tenido un día de perros! —gruñó mamá—. Estoy cansadísima. ¡Todo el mundo a la cama!

Ginny y yo no nos atrevimos a rechistar. De todos modos, no queríamos quedarnos levantados soportando las continuas protestas de mamá y papá.

Yo me acosté y apagué la luz para intentar dormirme. Hoy actúa Amaz-O, pensé apenado; actúa a unos cuantos kilómetros de mi casa, tengo entradas y no puedo ir. ¡No hay derecho!

¿Cómo voy a poder ser un gran mago si no veo funciones de magia? Amaz-O es el mejor y el más grande... ¡y yo sin poder aprovechar la ocasión de verlo!

¿Y si...? Una idea perversa cruzó por mi mente. ¿Por qué tengo que perderme esa función?

Tengo las entradas y puedo acercarme a Midnight Mansion en bicicleta. Me escapo de casa un par de horas... papá y mamá ni se enterarán.

Di vueltas en la cama mirando al despertador.

La esfera brillaba en la oscuridad: las diez menos veinte.

El espectáculo empezaba al cabo de veinte minutos. Aún tenía tiempo de llegar si salía en aquel mismo instante.

Ya no aguantaba más. Tenía que ir.

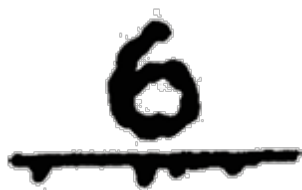
Me levanté sin hacer ruido y procurando que no chirriasen los muelles. Crucé el cuarto de puntillas hasta la cómoda y saqué con cuidado unos vaqueros y una camisa.

Con las deportivas en la mano, abrí despacio la puerta. La casa estaba a oscuras; en la habitación de mis padres, al fondo del pasillo, oí roncar a papá.

Avancé sigiloso hasta la escalera.

«¿De verdad que me estoy escapando? —pensé nervioso—.

¿Escapándome de noche de casa para ir a Midnight Mansion?»



«Pues sí —me dije—, es cierto que me estoy escapando.

»Haría cualquier cosa por ver a Amaz-O. Merece la pena arriesgarse.»

¿Qué podía sucederme?

«Mamá y papá se enteran, ¿y qué? Tal vez me castiguen sin salir; pero yo habré visto al gran Amaz~O en persona. Y mientras esté castigado en casa puedo intentar aprender algunos de los trucos de Amaz-O.

»De todos modos, no se enterarán. Seguro.»

Me detuve en lo alto de la escalera. No creo que en todo el mundo haya unos escalones que hagan más ruido al pisarlos como los de la escalera de mi casa.

Una vez, de pequeño, en Nochebuena quise bajar sin que se enterasen a ver qué me había dejado Papá Noel y nada mas pisar el primer escalón, éste hizo ¡CRAAAC! y mamá salió de estampida de su habitación antes de que me diese tiempo de apoyar el pie en el segundo peldaño.

«Esta vez no va a suceder —me dije—. Los bajaré de uno en uno bien despacio. Me apoyaré en el pasamanos para que no crujan y no se despertará nadie. No me oirán.»

Agarré la barandilla con las dos manos y me apoyé en ella. Luego, apoyé con cuidado el pie —primero la punta y luego el talón — en el primer peldaño.

Criic. Solo un ruidito. «Seguro que no lo ha oído nadie», pensé.

Desplacé las manos por la barandilla y di otro paso sin hacer el

menor ruido.

«Por ahora, todo bien.»

Tercer escalón: Creec. Nada tremendo, pero más fuerte que el primero. Se me heló la sangre en las venas.

Presté oído a ver si se movía alguien en la casa.

»Silencio. No hay moros en la costa.

»Amaz-O ni se imagina lo que estoy pasando por ir a verlo», pensé.

«Seguro que soy su mas ferviente admirador en todo el mundo.»

Conseguí bajar toda la escalera con sólo un más y respiré hondo.

«Ya no corro peligro —pensé—. Los zapatos me los pongo fuera, cojo mi bici y ¡hala!»

Crucé el pasillo de puntillas y toqué el tirador de la puerta para hacerlo girar.

Ya lo tenía casi abierto.

Casi.

En ese momento oí una voz chillona que decía:

—Tim, ¿pero qué estás haciendo?

7

Di media vuelta y era... ¡Ginny!

Llevaba unos vaqueros y un jersey, lista para salir, y bajó a toda pastilla la escalera.

—¡Chssss! ¡Vas a despertar a papá y mamá!

La cogí del brazo y tiré de ella hacia el porche.

—¿Qué haces levantada? —pregunté.

—Esperando a que entraras en mi habitación para convertirme en conejo —contestó—. Bueno, lo intentarás.

—Esta noche no —le repliqué—. Vuelve a la cama.

—¿Y tú qué haces levantado? ¿Adónde vas?

Me senté en la escalinata y saqué las zapatillas.

—Al garaje a ensayar un nuevo truco —mentí.

—Qué va. Yo sé a donde vas. ¡A Midnight Mansion!

La agarré por los hombros.

—Vale. Pues sí. Voy a Midnight Mansion. No se lo digas a papá y mamá. ¿Prometido?

—¡Yo también quiero ir! —insistió—. Llévame.

—No. Vuelve a acostarte y... no digas nada, o te prometo que te arrepentirás.

—¡Tienes que llevarme! —replicó—. Sino, subiré corriendo a decírselo a papá y mamá y no podrás ver a Amaz-O.

—No te atreverás...

—Sí que lo haré.

Yo sabía que lo haría.

—De acuerdo —accedí—. Acompáñame; pero tienes que ser

buena y hacer todo lo que yo te diga.

—Puede que sí... y puede que no.

Suspiré. Tenía que llevarla por muy mocosa que fuese. Si venía conmigo no se chivaría, porque corría el mismo riesgo que yo.

—Vamos —musité.

Entramos con cautela en el garaje, sacamos las bicis y empezamos a pedalear en plena noche.

Me sentía raro cruzando Bank Street a altas horas de la noche. Las tiendas estaban cerradas, las luces apagadas y apenas circulaban coches.

¡Oh, no! En el otro extremo de la calle distinguí un coche patrulla que se acercaba a nosotros. Si nos descubrían, seguro que nos pararían y nos llevarían a casa. Y entonces sí que nos caeríamos con todo el equipo.

Busqué desesperadamente un sitio para escondernos, porque en aquella calle tan iluminada seguro que acabarían viéndonos.

—¡Ginny! —grité—. ¡Rápido, fuera de la luz! —Y me metí en la entrada oscura de una tienda de ropa.

Saltamos de la bici y nos aplastamos contra la puerta en sombras.

El coche de policía pasó de largo despacio.

Cuando nos iluminaron los faros, yo contuve la respiración. El coche se detuvo.

—¡Nos han visto! —murmuró Ginny—. ¡A correr!

Yo la sujeté por el brazo.

—Aguarda —dije, asomándome con cuidado.

El coche seguía con el motor en marcha, pero no bajaba nadie.

—Se ha parado por el semáforo en rojo —expliqué a Ginny, y segundos después vimos que se alejaba—. Ya podemos seguir.

Nos montamos en las bicis y continuamos.

En las afueras de la ciudad se alzaba la gran mole oscura de Midnight Mansion. Decían que una vieja loca había vivido cuarenta años sola en la mansión; era una mujer rica pero tan tacaña que se vestía con harapos y no comía más que mantequilla de cacahuete directamente del tarro.

Si iba gente a verla les gritaba «¡Fuera!» y les tiraba piedras. Tenía unos cincuenta gatos. Cuando murió, un hombre compró la

mansión y la transformó en un club nocturno.

Frené delante del viejo edificio y lo observé un momento. Midnight Mansion.

Parecía un viejo castillo fantasmal de piedra negra como el hollín; tenía tres pisos y dos torres que se alzaban hacia el oscuro cielo nocturno, y en el tejado había enredaderas. Un foco proyectaba sombras monstruosas sobre el edificio.

Lo había visto miles de veces, pero, así, de noche, parecía más grande y oscuro. Me pareció ver murciélagos volando junto a las torres.

—No me extraña que la vieja se volviera loca viviendo en un sitio tan horripilante —musitó Ginny.

—¿Crees que tendría presos en las torres? —pensé en voz alta.

—Seguro que había una cámara de tortura en el sótano —dijo Ginny.

Arrimamos las bicis a la entrada y vimos que ya iba llegando mucha gente a ver el espectáculo de magia de Amaz-O. Tres hombres con largas capas negras pasaron a toda prisa por nuestro lado y una mujer de melena negra, labios pintados de negro y afiladas uñas negras me sonrió.

—¿De dónde sale toda esta gente rara? —preguntó Ginny.

—Bah, entremos —dije, encogiéndome de hombros—, que ya va a empezar.

Echamos el candado de las bicis, subimos corriendo la alta escalinata de piedra y entramos en un gran vestíbulo con una araña de cristal. Lo cruzamos y llegamos a una puerta cubierta por una gruesa cortina roja.

Un hombre alto y escuálido con esmoquin, de guardia ante la puerta, estiró un largo dedo huesudo para detenernos.

Era calvo, de cuello delgado y ojos negros hundidos.

—Parece un esqueleto —me susurró Ginny.

Yo saqué las dos entradas del bolsillo de atrás y se las tendí.

—Muy bien —graznó en voz baja—, pero ¿y vuestros padres? No puedo acomodar a niños si no van con sus padres.

«¿Mis padres? Piensa algo rápido, Swanz-O», me dije.

—Mis... padres. Es que, mire, mis padres... —Me imaginé que no iba a gustarle saber que estaban en casa, durmiendo—. Están

fuera aparcando el coche —mentí—. Vienen enseguida; pero nos han dicho que entremos para coger mesa.

Fue como si los ojos hundidos del hombre me taladraran el cerebro. ¿Se lo creería?

—No sé, no sé... pero bueno —acabó cediendo, y abrió la cortina roja. Las luces comenzaron a apagarse cuando nosotros entrábamos, y él nos situó en una mesa situada junto al escenario.

—¡Qué bien! —le dije a Ginny—. ¡Los mejores asientos de todos!

—¡Qué emoción! —exclamó ella—. ¡No puedo creer que estemos solos en un auténtico club para mayores!

El horripilante acomodador no dejaba de mirarnos desde la cortina roja.

—No sé si nos dejarán estar mucho rato —le repliqué.

»El esqueleto no nos quita el ojo de encima.

Cuando se dé cuenta de que no estamos con nuestros padres...

—¡Chssss!, que ya empieza.

Por un altavoz salió una voz:

—¡Damas y caballeros, buenas noches! ¡Midnight Mansion tiene el honor de presentarles al mago más famoso del país, el fabuloso, el increíble, el asombroso Amaz-O!

Sonó un redoble de tambor y una trompeta:

¡Ta-ta-rí! El público aplaudió mientras subía el telón.

Cuando vi el escenario me quedé sin aliento. Estaba lleno de artilugios chulísimos: una caja alta negra y reluciente con puerta por delante; una plataforma que colgaba del techo; una caja brillante con agujeros para sacar la cabeza, los brazos y las piernas; un conejazo blanco situado junto a un jarrón con flores azules en una mesa cubierta por un paño rojo.

El conejo no estaba atado ni enjaulado.

—No sé cómo consigue que no se le escape el conejo. Deberías aprender ese truco —musitó Ginny.

—Qué graciosa, Ginny. Me parto de risa —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Tu problema es que no tienes sentido del humor.

—No, mi problema eres TÚ —repliqué.

Amaz-O salió al escenario dando grandes zancadas.

Era alto y delgado, y con la chistera parecía aún más alto.

Llevaba el pelo negro largo y una capa forrada de satén rojo sobre un esmoquin negro.

Se apartó la capa sobre el hombro y saludó al público con una reverencia.

»¡No puedo creer que esté viendo a Amaz-O en persona! —pensé mientras el corazón me latía desbocado de emoción—. ¡Y tan cerca... casi puedo tocarlo!

«A lo mejor, incluso veo cómo hace alguno de sus trucos —pensé—. ¡Tal vez, al estar sentado tan cerca, llegue a averiguar sus secretos!»

Sin decir una palabra, Amaz-O miró a todo el público y me observó directamente.

Yo temblaba de emoción. «¡Me está mirando!», me dije.

Amaz-O avanzó un paso y se inclinó hacia mí.

«¿Qué hace? —pensé—. ¿Va a hablarme?»

Amaz-O se inclinó aún más. ¡Su cara estaba a pocos centímetros de la mía! Me encogí en la butaca intimidado.

—¡Desaparece, desaparece! —murmuró con voz profunda y amenazadora, frunciendo el ceño.



Yo me encogi más aún.

—¡Desaparece! —gruñó otra vez.

—¿Cómo dice? —balbucí, sin perderlo de vista. En la tele parecía simpático, pero en persona daba miedo de verdad.

—¡Desaparece! —murmuró—. Voy a hacerte desaparecer. Al final del espectáculo pediré voluntarios y te elegiré a ti.

¡Ah!, no quería hacerme desaparecer de verdad, ¡quería que participara en su función! ¡No podía creérmelo!

«¡Así sabré cómo hace su famoso truco de desaparición! —pensé—. ¡A lo mejor me recibe después de la actuación y me revela alguno de sus secretos!»

Ginny se inclinó sobre la mesa.

—¡Te va a hacer desaparecer para siempre! —bromeó—. ¿Qué les diré a papá y mamá?

No le hice caso. Nada de lo que dijese Ginny podía importarme ya.

¡Aquello era demasiado! Ya era emocionante ver a Amaz-O en persona, ¡pero me había elegido a mí para su actuación!

«A lo mejor se ha dado cuenta de que yo también soy mago», me dije.

Amaz-O comenzó su número.

—Buenas noches, damas y caballeros —camurreó—. Esta noche verán ustedes fantásticas proezas... Me verán hacer cosas que creían imposibles.

¿Son proezas de verdad... o simples trucos? Ustedes juzgarán.

Hizo un gesto con la mano y de pronto apareció una varita. El público aplaudió.

Luego, Amaz-O empezó a toquetearse la chistera como si no le sentase bien.

—A mi chistera le pasa algo —dijo—. La noto rara... casi como si...

Se la quitó y miró dentro de ella; nos la mostró y parecía una chistera totalmente normal. No había nada dentro.

Volvió a colocársela en la cabeza.

—Qué raro —añadió, conteniendo la risa—, me había parecido que había algo dentro. Como si hubiera sentido... no sé... una bandada de pájaros revoloteando.

La chistera se removiό y Amaz-O esbozó un gesto de disgusto.

—¡Otra vez!

Se la quitó de repente y miró el interior. En la cabeza tenía una gran pluma blanca y se oyeron risitas entre el público.

—¿De qué se ríen? —preguntó. Se tocó la cabeza y encontró la pluma—. ¿Y esto... de dónde ha salido? —dijo, fingiendo sorpresa y conteniendo un grito.

Todo el mundo se echó a reír.

—Bueno, será mejor que no me distraiga —concluyó. Volvió a ponerse la chistera—. Continuemos la actuación. Mi primer truco...

La chistera volvió a agitarse otra vez; primero un poquito y luego con fuerza. Estaba a punto de caérsele de la cabeza. El público se partía de risa y él simulaba estar aterrado.

Se la quitó de un manotazo y... ¡de ella salió volando una bandada de palomas que pasaron por encima del público y fueron a posarse en las vigas del techo!

—¡Ya sabía yo que ahí había algo! —sonrió Amaz-O, y la gente rió aún con más ganas, aplaudiendo.

«Es el mejor —pensé mientras aplaudía yo también—. ¿Cómo habrá hecho que salgan esas palomas de la chistera?»

Miré el conejo del escenario que estaba sentado tranquilamente en una mesa mirando a Amaz-O, casi como si siguiera la actuación.

«Estoy deseando que empiece el truco del conejo —pensé—. ¿Lo hará desaparecer? ¿O saldrá con algo inesperado?»

—Para el próximo truco necesito aguja e hilo —anunció. Se sacó

del bolsillo un paquetito de agujas y un largo hilo grueso. Cogió una aguja y se puso bizco, intentando enhebrarla—. Siempre me cuesta enhebrar la aguja —se disculpó.

Chupó el extremo del hilo y volvió a probar. Al ver que no lo conseguía, alzó las manos como si se diera por vencido.

—¡Imposible! —exclamó—. ¿Cómo harán los sastres?

El público contenía la risa. Yo estaba sobre ascuas, porque sabía que todo aquello de la aguja y el hilo era un pretexto para algo increíble.

—Bueno, pues olvidemos el modo difícil de enhebrar una aguja —añadió Amaz-O—. Voy a enseñarles una manera mejor.

Con gesto rápido, cogió el cartoncillo de agujas, que tendría por lo menos veinte, y se lo metió en la boca; luego, se puso el largo hilo colgando como si fuese un espagueti.

Poco a poco fue comiéndose el hilo. Igual que si tragara un espagueti... y sin sacarse el paquete de agujas.

—¿No le hará daño masticar tantas agujas? —musitó Ginny.

Amaz-O se había tragado ya casi todo el hilo y de sus labios sólo asomaban unos dos centímetros del mismo. El público miraba en silencio.

Hizo una pausa, abrió la boca y tiró despacio del hilo para sacárselo de la boca. Y... ¡una por una fueron saliendo las agujas colgando del hilo! ¿Cómo habría podido enhebrar veinte agujas con la lengua?

El público lanzó una exclamación y aplaudió, mientras Amaz-O sostenía el hilo con las agujas brillantes.

—¡La manera fácil de enhebrar agujas! —exclamó, haciendo otra reverencia.

«Tengo que averiguar cómo lo ha hecho —pensé—. A ver si se lo pregunto al final de la función.»

—¿Qué tal el espectáculo? —dijo Amaz-O al público, y todos le ovacionamos—. No sé cuánto tiempo nos queda —añadió.

Cruzó el escenario a grandes zancadas hasta llegar a la mesa en la que estaba sentado el conejo sobre el tapete rojo junto a las flores azules.

Con un hábil movimiento de muñeca tiró del tapete en que estaba el conejo sin que ni éste ni el se movieran. Así la mesa

quedaba al descubierto.

El conejo abría y cerraba los ojos tan tranquilo. Amaz-O se cubrió con el tapete rojo la mano izquierda, lo dejó caer y... ¡en su mano apareció un enorme despertador rojo!

Miró el reloj.

—Bueno, creo que nos queda tiempo suficiente para unos cuantos trucos más —comentó, mientras tapaba el reloj con el tapete y lo hacía desaparecer.

Al otro lado del escenario empezó a sonar un timbre estridente.

Miré hacia allí y vi el despertador rojo ¡flotando en el aire! Como si hubiera volado solo a través de la escena.

Amaz-O cruzó el escenario, cogió el reloj y desconectó el timbre.

—Este reloj va un poco adelantado —comentó en broma—. No es hora de que acabe el espectáculo. Aún no.

«Espero que no —pensé—. ¡Es la mejor función de magia que he visto en mi vida!»

El resto de la actuación también fue fantástica.

Amaz-O logró escapar de una caja de caudales cerrada, cruzó un muro de ladrillos, dio con la varita mágica en la chistera y... ¡en medio de una bocanada de humo, su esmoquin negro se volvió amarillo!

—Y ahora, como apoteosis, voy a hacer desaparecer a una persona del público —anunció—. ¿Algún voluntario?

Miró a la gente, que permanecía en silencio.

Ginny me arreó una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! —susurré, restregándome la piel—. ¿A qué viene eso?

—Ha pedido voluntarios, idiota —me contestó ella—. Lo dice por ti.

Estaba tan encantado con la actuación que por poco se me olvida.

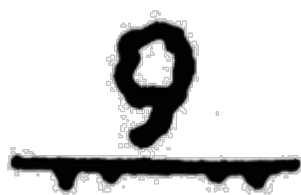
—Yo salgo voluntario —dije, poniéndome en pie.

Amaz-O sonrió.

—Estupendo, jovencito. Por favor, sube al escenario.

De repente noté un nudo en el estómago y subí al escenario dando un traspié.

«Ya está —pensé nervioso—. Amaz-O va a hacerme desaparecer. Espero que todo salga bien.»



Allí estaba Amaz-O, mirándome con toda su estatura.

«Es increíble —pensé—, estoy en un escenario con el gran Amaz-O y voy a participar en uno de sus famosos trucos. ¡Me va a hacer desaparecer!»

Me apreté el estómago, preguntándome por qué estaba tan inquieto.

—Gracias por prestarte voluntario, jovencito —me dijo él—. Eres muy valiente. ¿Has venido con tus padres?

«¿Mis padres? Huy, ay.»

—Pues... sí. Claro... —tartamudeé—. Pero... es que han tenido que salir a telefonear.

Amaz-O frunció el ceño.

—¿A telefonear? ¿En plena actuación mía?

—Es que... era urgente —alegué.

—No importa. Me alegro de que hayan salido porque si supieran lo que va a sucederte, a lo mejor tratarían de impedírmelo.

—¿Impedírselo? —El corazón me latía de emoción, pero oí risas en el público.

«No tengas miedo —me dije—. Todo esto forma parte del espectáculo, y habla en broma.»

Fingí que me reía.

—¿Qué... va a sucederme... exactamente? —pregunté.

—Voy a hacerte desaparecer —dijo Amaz-O—. Irás a parar a otra dimensión. Y luego intentaré recuperarte, desde luego, pero... esa parte no siempre sale bien.

—¿Ah, no? —pregunté, tragando saliva.

—No te preocupes —me tranquilizó, dándome una palmadita en la espalda—. Lo he hecho cientos de veces y sólo he fallado en un par de ocasiones.

Se oían risitas entre el público. Pensarían que estaba de broma; y eso esperaba yo.

—¿Esa niña que está ahí sentada es tu hermana? —preguntó Amaz-O.

Yo asentí con un gesto.

—Más vale que te despidas de ella, por si acaso —me advirtió.

Ginny sonrió y me dijo adiós con la mano.

«¡Está deseando que desaparezca! —pensé con amargura—. Seguro que espera no volver a verme.»

—Vamos —insistió Amaz-O—. Despidete.

Yo sonreí sin ganas y saludé con la mano a Ginny. El público se echó a reír. Luego, Amaz-O me llevó hasta una gran caja negra situada en el centro del escenario. Abrió la puerta y vi que por dentro era como un armario.

—Entra ahí, haz el favor —me pidió.

Me metí dentro y Amaz-O cerró bien la puerta.

En el interior no se veía absolutamente nada.

Me quedé quieto, esperando a ver qué sucedía. Oía a Amaz-O hablando al público.

—Señoras y señores, esta caja es un invento mío: la Espiral de la Quinta Dimensión.

Sentí cómo daba con la mano en la caja.

—Funciona del modo siguiente: mi valeroso voluntario entra, yo cierro, hago girar la caja diez veces... vertiginosamente, y una fuerza mágica envía al niño a otra dimensión. En pocas palabras: ¡Lo hace desaparecer!

»Les pido absoluto silencio durante el experimento, porque se requiere absoluta concentración.

Pasaron varios segundos sin que oyera nada.

A continuación, la caja comenzó a dar vueltas.

«¡Caray!», pensé, y el cuerpo se me pegó al fondo de madera.

Aquello giraba más deprisa que cualquier máquina de un parque de atracciones. Cerré los ojos mareado.

«Espero no vomitar —pensé—. Lo echaría todo a perder.»

La caja no paraba de girar.

«¿Cómo será el truco? —me pregunté—. ¿Cómo desaparecerá?

»¿Y si me envía de verdad a otra dimensión?

»Bah, son sólo palabras —me dije—. Cháchara de mago para entretener al público.

»¿O no?»

10

La caja giraba cada vez más deprisa. Me sujeté el estómago y vi lucecitas flotando ante mis ojos.

«¿Es que esto no va a parar? —pensé—. Me voy a poner malo.»

De pronto, el suelo de la caja cedió bajo mis pies.

—¡Socorro! —grité al sentir que caía y caía—. ¡AYYY!

Me deslizaba por un largo tobogán de madera y, ¡pumba!, aterricé en una especie de colchón.

Me quedé tumbado boca arriba, aturdido. Oía gotear agua en algún sitio y una bombilla amarillenta en el techo daba un poco de luz.

Me senté y miré a mi alrededor. Era una habitación casi vacía, oscura y húmeda con el suelo de cemento, y en un rincón había un horno.

Comprendí que estaba en el sótano de Midnight Mansion.

Me levante y mire el tobogán.

«Ajá, ese es el truco —pens—. Amaz-O coloca la caja giratoria sobre una trampilla en el suelo el escenario, se abre la puertecilla y el voluntario desaparece por el tobogán Y cuando Amaz-O abre la puerta de la caja, ¡hale hop!, el voluntario ha desaparecido. Qué sencillo.

»¿Y ahora como vuelvo arriba? ¿Cómo me hará reaparecer Amaz-O?»

Por encima de mi cabeza me llegaban aplausos lejanos y ola muy bajito la voz de Amaz-O: «Gracias, damas y caballeros. Tengo que dejarles. ¡He de pasar a la quinta dimensión para buscar a ese

chico! ¡Buenas noches!»

El público reía; luego oí música, un estallido y una entusiasta ovación.

Supuse que Amaz-O había desaparecido. Seguramente aterrizaría por el tobogán de un momento a otro.

V Aguardé, un rato, pero no llegó nadie por el tobogán.

Esperé unos minutos más: nada.

«Habrá desaparecido de otra manera —pensé—. Vendrá enseguida y me sacará de aquí. Entonces le preguntaré cómo hace el truco del despertador. ¡A lo mejor, incluso me da un autógrafo!»

Unos minutos después oí ruido de sillas en el piso de arriba y un rumor de pasos. El espectáculo había terminado y el público ya se marchaba.

«¿Vendrá alguien a sacarme de aquí? —pensé. Estaba poniéndome un poco nervioso y me senté en el colchón a esperar—. ¿Por qué tarda tanto Amaz-O? A lo mejor es que está esperando a que todos se marchen para que nadie sepa cómo ha hecho el truco. Debe de ser eso.»

Esperé un poco más y oí un ruido, como un crujido rápido. «¡Una rata!», pensé. Pegué un salto y miré al suelo por si la veía.

El ruido cesó.

«Quizá no fuese una rata —conluí, tratando de tranquilizarme. Tenía los músculos tensos—. Quizá no fuese más que un ratón. O una cucaracha. O mi imaginación.»

El goteo del agua en algún sitio del sótano me estaba trastornando. Tap, tap, tap: era como una tortura.

«¿Dónde estará Amaz-O? ¿Cuándo me va a sacar de aquí?»

Presté oído por si arriba había alguien, pero nada. Ya no se oía el menor ruido.

«Bueno —me dije—, se han ido todos; ahora ya puedes dejarme salir, Amaz-O.»

Escuche con suma atención, pero no se oía nada en todo el edificio.

«¿Y si Amaz-O se ha marchado también? —temí aterrado—. ¿Y si se ha olvidado de mi y me quedo aquí?»

Entonces decidí buscar yo mismo la salida.

Crucé despacio el suelo de cemento, atento a las ratas.

«Sí que está oscuro esto», pensé.

Me fui acercando al lugar donde sonaba el goteo y me encontré en una habitación con una gran pila de lavar; crucé aquel cuarto y me vi ante una escalera que terminaba en una puerta.

«Ajá —pensé, ya más tranquilo—. La salida.»

Subí por la desvencijada escalera y cogí el pomo de la puerta para abrir.

Imposible, no se abría. Giré el pomo de nuevo y empujé.

Nada.

¡Estaba cerrada con llave!

Golpeé y di puñetazos en la puerta con todas mis fuerzas.

—¡Sacadme de aquí! —grité—. ¿No me oyen? ¡Sáquenme de aquí!

11

—¡Eh! —grite, aporreando la puerta—. ¿Hay alguien? ¡Abran!

«¿Cómo ha sido capaz de eso Amaz-O? —me indigné—. ¿Cómo se ha olvidado de mí por las buenas?»

No me habría dejado encerrado en el sótano aposta, ¿no?

«Imposible —me dije—. ¿Por qué iba a hacerlo? Simplemente se le ha olvidado.»

Sacudí otra vez la puerta y cedió un poco. Empujé y se abrió una rendija. Estaba cerrada por fuera con un gancho no muy firme.

«Seguro que puedo abrirla», me animé. Retrocedí unos cuantos escalones y me lancé corriendo sobre la hoja de la puerta con todas mis fuerzas.

—¡Uuf! —me quejé; pero solamente cedió un poquito más sin llegar a abrirse. Y ¡qué dolor en el hombro!

Entonces se me ocurrió una idea increíble, No podía creerme que lo estuviera pensando, pero lo cierto es que llegué a desear que Ginny estuviera conmigo.

Ella habría tirado abajo a patadas de kárate aquella puerta en un periquete. Estaba seguro porque había utilizado este recurso para entrar en mi habitación muchas veces.

«Bueno, ¿y Ginny? —pensé—. Estará en el aparcamiento, esperándome»

Tenía que intentarlo otra vez. Empujé la puerta con el hombro con todas mis fuerzas.

¡Bang!, el gancho cedió y la puerta se abrió.

«Estupendo —me felicité, restregándome el hombro—. Por fin

puedo salir de ese horrible sótano.

»Pero ¿dónde estoy?»

Aquello era un largo pasillo oscuro.

—¿Hay alguien? —grite, pero nadie me respondió—. ¡Eooo!

«¿Dónde estará la gente? —me inquieté—. ¿Es que no hay tramoyistas ni nadie por aquí?»

Avancé de puntillas por el pasillo. Aquello estaba desierto.

«¿Cómo han podido dejarme así en el sótano? —pensé, enfadado—. ¿Cómo han podido dejarme solo y marcharse a casa?»

Al final del pasillo distinguí una raya de luz debajo de una puerta.

«Ah, pues ahí queda alguien —me dije—. A lo mejor es Amaz-O.»

Seguí por el pasillo con cautela y llegué hasta la puerta que tenía una estrella pegada.

«¡Debe de ser el camerino de Amaz-O! —me entusiasmé—. ¡Qué fantástico! ¡Yo solo en Midnight Mansion con el gran Amaz-O! Quién sabe si no nos pasaremos toda la noche hablando de magia... ¡A lo mejor me enseña alguno de sus trucos!»

Me sentía tan nervioso y emocionado que las manos me temblaban y ya casi había olvidado que me había quedado encerrado en el sótano.

«Habrà sido un error —le disculpé—. Eso es que algún tramoyista se ha olvidado de venir a buscarme, y Amaz-O habrá pensado que ya me habían sacado. Seguro que se alegrará de verme.»

Me quedé mirando la estrella de la puerta.

¿Qué debía hacer? ¿Llamar con los nudillos o decir su nombre?

Me incliné por la primera opción. Me acerqué y ¡pum! tropecé con algo que estaba apoyado en la pared. Era una gran maleta negra que tenía escrito en uno de los lados PROPIEDAD DE AMAZ-O.

«¡Vaya! —pensé, tocando las letras doradas—. ¡Debe de ser el estuche de magia de Amaz-O! ¡Y estoy tocándolo con mis propias manos!»

Me volví hacia la puerta. Estaba a punto de conocer a mi ídolo, mi personaje más admirado. Era el momento más importante de mi vida.

Toqué la puerta con mano temblorosa y llamé con timidez.

Aguardé.

«A lo mejor no me ha oído», reflexioné. Volví a llamar con mas decisión.

Nada.

—Buenas —dije sin alzar la voz, asomando la cabeza. El conejo blanco de Amaz-O estaba en el sofá. Amaz-O se había sentado en un sillón enfrente de él y sólo le vi las piernas.

—Buenas —repetí—. Soy yo, el de la desaparición. ¿Se puede?

Me detuve en el umbral, pero Amaz-O no me contestó. De pronto, la puerta se cerró ante mis narices.

—¡Oiga! —grité sorprendido.

—¡Largo! —oí exclamar a una voz a través de la puerta.

—Pero... ¡soy su más ferviente admirador! ¡Sólo quería estrecharle la mano...!

—¡Lárgate! —volvió a gruñir la voz—. ¡Largo, estúpido!

12

¿Estúpido? ¡Estúpido!

¿El gran Amaz-O me llamaba estúpido, a mí?

No podía creerlo. Me quedé mirando la estrella de la puerta, atontado.

¿Cómo era posible que Amaz-O me hablara así? Después de todo, yo me había presentado voluntario para su truco... ¡y él me había dejado encerrado en el sótano!

«Pero bueno, ¿qué le pasa?», me indigné.

Estuve unos segundos sin poder moverme. No podía ni pensar.

Mi ídolo me había llamado estúpido. El mago más grande del mundo... ¡y resulta que era un grandísimo impresentable!

Bueno, grandísimo no era; pero sí el mayor impresentable que me había echado a la cara. Bajé la cabeza y di media vuelta para marcharme. En ese momento volví a ver el maletón negro.

El estuche de magia de Amaz-O.

Sin pensarlo dos veces, lo cogí y eché a correr.

Pesaba y era engorroso, pero lo arrastré hasta el final del pasillo lo más rápido que pude sin hacer ruido.

«¿Por qué hago esto?», pensé, irrumpiendo en el escenario.

Aún no sé porqué lo hice. Había corrido tanto riesgo para ver su actuación... escapándome de casa, y él había sido tan impresentable... Quizá fuese un pretexto para volver a verle.

No importa por qué lo hice. Lo hice y ya está.

Robé los trucos de magia de Amaz-O.

Algo me decía que me la estaba buscando.

Me detuve un momento junto al escenario. ¿No me seguiría Amaz-O? Presté oído.

No se oía nada. «No viene nadie», me tranquilicé. Tragué saliva y seguí deprisa.

Pasé bajo la araña del vestíbulo y salí disparado por la puerta principal. «Ojalá Amaz-O fuese el último que quedaba en el cabaré —deseé—. Ojalá no haya vigilantes por ahí.»

No tenía tiempo para comprobarlo; arrastré la maleta por la grava del aparcamiento hasta mi bicicleta.

«Ya está casi», me dije, jadeando. En el aparcamiento ya no quedaban coches y habían apagado los focos del edificio, que ahora estaba envuelto en tinieblas.

«Debe de ser muy tarde —pensé—. Más vale que vuelva a casa cuanto antes.»

La bici estaba donde la había dejado, apoyada en una barandilla.

Estaba a punto de coger el manillar cuando oí una voz:

—¡Alto!

Se me heló la sangre en las venas. Me habían cazado.

13

Oí unas enérgicas pisadas sobre la grava del aparcamiento que se acercaban a mí.

«Ya están aquí —pensé—. Me han pillado con las manos en la masa. Seguro que me detienen.»

—¿Dónde estabas? —dijo la voz.

«¡Ginny! ¡Huy!» Me había olvidado totalmente de ella.

—¿Te ibas sin mí? —preguntó.

—Yo-yo —tartamudeé, sin saber qué decir. No quería admitir que me había olvidado completamente de ella—. No... no me iba sin ti. Te he estado buscando. ¿Dónde te habías metido?

—Pues buscándote, Tim —replicó ella—. ¿Qué ha pasado? ¡Desapareciste y... no volvías!

—Es una larga historia —suspiré.

Ella se agachó para leer lo que ponía en la maleta negra. «Propiedad de Amaz-O.»

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha dado él —mentí—. Qué amable, ¿verdad?

Ella alargó la mano para abrir el cierre de la caja.

—Genial. ¿Qué hay dentro?

Yo le aparté la mano.

—Ya te lo enseñaré en casa. Está llena de cosas.

Amaz-O me la dio en agradecimiento por haber hecho tan bien el truco de la desaparición.

Ginny no salía de su asombro.

—Si Amaz-O te lo ha dado —comenzó a decir—, ¿por qué

vienen esos vigilantes hacia aquí?

Miré hacia el edificio y vi dos vigilantes que cruzaban el aparcamiento linterna en mano. ¡Oh!

—¡Larguémonos! —dije, sin soltar la maleta—. Rápido... ¡monta en tu bici y vámonos!

—¡No puedo! —chilló Ginny.

—¿Eh? ¿Por qué?

—¡Mi bici no está!

14

Yo monté en la mía sin esperarme.

—¡Pues lo siento! —le dije—. ¡Nos vemos en casa!

—¡Tim! —gimió Ginny—. ¡No puedes dejarme aquí!

Allí la habría dejado de haber podido. Ella sabe cuidarse; pero sabía que papá y mamá se pondrían hechos una furia.

Además, si los vigilantes la cogían, me denunciaría igualmente y todo aquel lío no habría servido de nada.

Montado en la bici, veía cómo se acercaban los vigilantes a todo correr. Y en ese momento descubrí la bici a un lado del aparcamiento.

—¡La tienes ahí! ¡Deprisa! —le dije.

Ella echó a correr hacia su bicicleta y yo aupé la maleta hasta el manillar. ¡Lo que me costó!

—¡Alto! —gritó uno de los vigilantes, mientras Ginny y yo salíamos pedaleando a toda velocidad y nos alejábamos por la oscura carretera.

—¡Eh, alto! —gritaban los vigilantes, deslumbrándome un segundo con sus linternas. Yo pedaleaba con todas mis fuerzas detrás de Ginny. Sujetaba la maleta con una mano y con la otra guiaba la bici.

Por el peso de la maleta me costaba coger velocidad y los vigilantes nos daban alcance. Giré rápido a la izquierda en la primera esquina y Ginny me siguió.

Miré hacia atrás y vi que los vigilantes habían dejado de correr y que uno de ellos se detenía, jadeando.

—¡Ya no nos pillan! —gritó Ginny, y seguimos pedaleando hasta casa lo más rápido que pudimos. No había nadie por las calles a oscuras ni luz en casi ninguna casa.

«Es media noche pasada —pensé—. Por favor, que papá y mamá estén durmiendo. ¡Si nos pillan, nos castigarán hasta que cumplamos treinta y cinco años! Casi prefiero que me detengan.

»Pero si me detienen, igualmente acabarán castigándome»

Frenamos en nuestra calle y entramos en el camino de casa empujando las bicis.

—¡Chssss! —musitó Ginny.

—Calla tú —le respondí en un susurro.

Dejamos las bicis en el garaje. En la oscuridad apenas veíamos nada, y cuando nos acercábamos a casa Ginny tropezó con el cortacésped.

—¡Ay! —chilló.

—¡Calla! —advertí.

Nos quedamos los dos helados de pánico.

¿Nos habrían oído papá y mamá?

Silencio.

—Creo que no nos han oído —musité.

—Cómo me duele —gimió Ginny.

—¡Chssss!

Entramos cautelosamente en casa.

—Esconderé la maleta en mi cuarto —susurré.

—Yo quiero ver lo que hay dentro —replicó Ginny.

—Es mía —me opuse, meneando la cabeza.

—No. Tienes que compartirla conmigo.

—Amaz-O me la dio a mí —repliqué, aunque era plenamente consciente de que mentía.

—Voy a contárselo a papá y mamá —me amenazó ella—. Les diré que me despertaste para obligarme a ir contigo a Midnight Mansion.

—¡Será mocosa...! —exclamé, indignado. Estúpida Ginny—. De acuerdo, es de los dos.

—¿Prometido?

—Vale, pero tu no les digas nada a papa y mamá.

—De acuerdo; pero la maleta no la guardas en tu cuarto. Es de

los dos.

Lancé un suspiro.

—Bueno. La esconderé en el desván —dije—. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero no la tocaremos hasta el sábado —advertí—. El sábado tendremos tiempo de sobra para verlo todo a nuestro aire. ¿Vale?

—Trato hecho. El sábado la abrimos los dos a la vez, juntos.

—Vale. Ahora acuéstate, que voy a esconderla en el desván.

Subimos la escalera con cuidado para que los peldaños no crujieran y tardamos unos diez minutos. Una vez arriba, me detuve a comprobar si oía algún ruido en el cuarto de papá y mamá.

—No hay peligro —musitó Ginny—. Papá está roncando.

Se escurrió hacia su cuarto y cerró la puerta.

Yo subí de puntillas al desván, arrastrando la maleta negra.

Cerré la puerta y encendí la luz.

«¿Dónde puedo esconder esto?», me pregunté.

Miré todos los trastos que había, pisé montones de revistas, y en un rincón distinguí mi viejo arcón de juguetes. «Perfecto», pensé, al abrirlo. Saqué un autobús escolar de juguete y un par de camiones para hacer sitio.

«Pero ¿qué habrá dentro?», me pregunté mientras alzaba la maleta con esfuerzo. Tenía en mi poder el estuche de magia de Amaz-O. ¿Cómo iba a acostarme sin ver lo que había? ¿Cómo iba a esperar dos días hasta el sábado?

«Echaré un simple vistazo —me prometí a mí mismo—. Una ojeadita y me acuesto.»

La dejé en el suelo. Las manos me temblaban al abrir el cierre.

«Ya está», pensé, descorriéndolo y abriendo la maleta...

¡Y algo me sacudió en la cara!

15

Caí de espaldas y quedé espatarrado en el suelo, tapándome los ojos. ¿Qué había sido?

«¿Estoy muerto?», me sobresalté.

Abrí los ojos y me palpé los brazos y el pecho.

Estoy bien, me dije.

Me senté. La maleta estaba en el suelo, pero no tenía la menor señal de que hubiese estallado.

Muy despacio me acerqué arrastrándome a ella. Habría jurado que había sido una explosión, pero, de momento, no vi nada que hubiera podido explotar.

Después reparé en un disco pequeño de metal pegado con cinta adhesiva por la parte de dentro de la tapa. Le di unos golpecitos y emitía una especie de zumbido.

Examiné el disco y vi que era un chip electrónico que producía un ruido de explosión al tocarlo o agitarlo.

Un truco de Amaz-O.

«¿Qué más habrá?», pensé.

Saqué toda clase de cosas geniales. Un par de esposas falsas, un reloj de bolsillo para hipnotizar, tres barajas trucadas distintas, una cuerda y una larga cadena de pañuelos de seda.

«¿Cómo funcionarán estos trucos? —me pregunté—. El sábado los probaré y lo averiguaré.»

Encontré también una bolsita negra con tres conchas ovaladas y una bolita roja. «El juego de las conchas —reconocí—, uno de mis trucos preferidos. Escondes la bolita debajo de una de las conchas y

las cambias de sitio. El público tiene que adivinar dónde está la bola.»

Y nunca aciertan: porque la bola no está debajo de ninguna. El mago la esconde sin que se den cuenta mientras mueve las conchas.

Siempre caen.

Volví a meter la mano en la maleta y rocé un tejido sedoso. Lo saqué y era un esmoquin negro.

—¡Guau! —susurré maravillado—. ¡La chaqueta de Amaz-O!

Tenía que probármela.

Me la puse: me quedaba demasiado grande. Las hombreras me caían hasta medio brazo y las mangas me tapaban las manos.

De todas formas me sentía fabuloso y acaricié las solapas de satén.

Me levanté y di unas vueltas con ella puesta.

Una genuina chaqueta de mago. ¿Qué tendrá en los bolsillos?

Metí las manos en los bolsillos, pero enseguida noté algo que se meneaba rápido por la espalda de la chaqueta cerca de mi cuello.

Sacudí los hombros y cesó la sensación.

Pero volví a notarlo otra vez: ¡algo que resbalaba por dentro de la manga!

Sacudí el brazo, «¿Qué será? Parece algo vivo.»

Aquello me subía por el brazo.

—¡Puaf! ¡Vete! —exclamé, retorciéndome dentro de la chaqueta para que cayera al suelo. ¡Tenía que quitarme la chaqueta... enseguida! Quise sacar los brazos de las mangas cuando vi que asomaba algo por el puño, junto a mi mano.

Una serpiente.

Una serpiente viva.

16

Apreté los labios para no gritar. Notaba la serpiente viscosa y resbaladiza por mi brazo. Lo sacudí con fuerza ¡y la serpiente se enroscó en él!

Rechinando los dientes, volví a sacudir el brazo una y otra vez y aplasté la manga, con la otra mano.

¡No había manera!

Volvi a sacudir el brazo una vez mas con todas mis fuerzas. La serpiente se desenroscó, se deslizó fuera de la manga y por fin cayó al suelo.

En el suelo se puso a silbar y se desplazó reptando hacia el arcón de los juguetes. Yo la miraba estremecido.

Volvi a sentir aquello... algo viscoso, serpenteante.

Me silbaba junto a la oreja y se retorció en mi hombro.

—¡Oooh! —gemí. ¡Otra más!—. ¡Fuera! —dije dándole un palmetazo.

Mientras intentaba hacerla caer al suelo, otra se deslizó manga abajo y noté en el estómago y en la espalda algo baboso. Otra me salió del bolsillo interior y cayó al suelo haciendo ¡plop! y se me enroscó en una pierna.

«¡La chaqueta está llena de serpientes!», me dije horrorizado.

Mientras agitaba los brazos enloquecido, tratando de arrancarme la chaqueta, otra serpiente se deslizó hacia abajo por la pechera de la camisa.

Seguí haciendo aspavientos más exagerados, meneando brazos y piernas. ¡Tenía ya todo el cuerpo cubierto de serpientes!

Quería gritar pero... no podía despertar a papá y mamá. Una serpiente se me enroscó en el cuello y en la cabeza. Me retorcí desesperadamente para quitarme la chaqueta.

—¡Socorro! —gemí—. ¡Oooh... socorro!

17

¡Serpientes por todas partes!

Una se me deslizaba por la cabeza... La cogí con la mano temblando y la lancé lejos de mí.

Sofocado de terror conseguí quitarme la chaqueta y la tiré al suelo, y vi cómo se cubría de serpientes que se retorcían, enroscándose en mis pies.

Comencé a dar saltos y luego me subí a una silla. Y una fue a enroscarse a la pata de la silla, acercándose cada vez más.

—¡Vete! ¡Déjame en paz! —susurré.

La serpiente dio un silbido y yo salte de la silla.

¡Chaf! Se me revolvió el estómago. ¿Había aplastado a una? No me atrevía a mirar.

Levanté el pie y bajé la vista. No había pisado a ninguna serpiente; era una muñeca vieja de Ginny.

Una serpiente se deslizaba por la cara y el cuerpo de la muñeca, y otra pasó sobre mi zapato.

«¡No hay escape! —pensé—. No me queda más remedio que despertar a papá y mamá. ¿Qué, si no?»

Empecé a saltar para esquivar las serpientes que se retorcían y silbaban. «Me la voy a cargar —pensé—, pero al menos me sacarán de esta trampa de serpientes.»

Una de las serpientes venía ya derecha hacia mí, pero de pronto... se quedó quieta. Se hizo un silencio en el desván y ya no se oían silbidos.

Todas habían dejado de moverse y estaban tiesas en el suelo,

mirándome con sus ojos fríos.

¿Qué pasaba? ¿Se habían muerto?

Di un vistazo a mi alrededor sin atreverme a moverme. El suelo estaba lleno de serpientes muertas.

«¿Cómo se habrán muerto todas a la vez? —pensé—. ¡Qué raro!»

Me quedé quieto mirando de un lado a otro y muy despacio estiré una pierna y moví una serpiente con el pie; apenas rebulló.

Respiré hondo. ¿La empujo?

Me armé de valor, me agaché sobre ella y le di con el dedo. No se movía. El corazón me saltaba en el pecho. La cogí.

La tenía en la mano y no se movía. No parecía de verdad. Le retorcí el cuerpo y ¡era de goma!

Miré sus ojos: eran dos cuentas de cristal.

Entonces comprendí que eran serpientes mecánicas.

Di la vuelta a la serpiente y vi un agujerito tapado por una lengüeta de goma para la llave de darles cuerda.

La chaqueta de Amaz-O estaba atestada de serpientes mecánicas.

Volví a respirar tranquilo. «No pasa nada —me dije—. No tengo que despertar a papá y mamá, no me la voy a cargar ni voy a morir comido por las serpientes.

»¿Cuándo aprenderé? —me reprendí—. Todo lo de esa maleta son trucos. No son cosas de verdad. Amaz-O es un mago.»

Recogí las serpientes y volví a meterlas en la chaqueta, y luego la guardé a toda prisa en la maleta de magia, echando una ultima ojeada a la bolsita.

«Es fantástico —pensé—, ¡aquí en mi propia casa tengo algunos de los mejores trucos de Amaz-O!»

Cerré la maleta de mala gana. Mejor sería dejar de toquetear todo aquello... no fuese a suceder cualquier otra cosa.

«Ya lo miraré todo el sábado —me dije—. A la luz del día, cuando tenga tiempo de sobra para ver cómo funciona. Y luego le devolveré la maleta a Amaz-O. El domingo.»

Sabía que tenía que devolverla. Había hecho mal en cogerla. Una locura.

«¡Si Amaz-O no se hubiera portado tan mal conmigo! Me utiliza para su actuación y... ¡luego me deja encerrado en el sótano! Me dice que me largue ¡y me llama estúpido!»

Volví a enfadarme. «Amaz-O no merece que le devuelva la maleta», pensé.

Pero muy dentro de mí algo me decía que tenía que devolvérsela. Debía hacerlo. Miraría todos los trucos y se la devolvería.

Claro que no sabía lo peligrosa que era aquella maleta e ignoraba el mal que iba a causar.

De haberlo sabido ¡la habría devuelto sin perder ni un instante!

18

—Otro día de trabajo —suspiró mamá a la mañana siguiente durante el desayuno—. Le tengo verdadero terror. Esos estudiantes me vuelven loca.

Papá cogió un bollo y miró hacia la ventana.

—Está lloviendo —comentó fastidiado—. Seguro que hoy no vendo ni un coche.

Ginny y yo nos miramos. Qué poco se imaginaban papá y mamá que nos habíamos escapado la anterior.

Me dejé caer en una silla y me comí mis cereales. Tenía sueño: no estaba acostumbrado a quedarme levantado hasta tan tarde.

—Tienes cara de cansado, Tim —observó mamá, sentada enfrente de mí—. Y tu también, cariño —añadió mirando a Ginny.

—¿Es que no habéis dormido? —me preguntó papá.

—Claro que sí —contesté.

—No mucho. Tim y yo tenemos un secretito —añadió Ginny con una sonrisita.

¡La mocosa! Le di un puntapié por debajo de la mesa.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Tim me ha pegado una patada!

—No des patadas a tu hermana —me riñó papá, cogiendo su cartera y dando un beso de despedida a mamá—. Tengo que irme. Otro día de tortura. Hasta la noche, hijos.

Papá se marchó y mamá comenzó a retirar los platos del desayuno.

—¿Has dicho no sé qué de un secreto? —preguntó.

—¡No! —tercié yo—. No ha dicho nada de un secreto. Ha dicho

«Tim y yo queremos un perrito».

—¿El qué? —replicó mamá con un gesto de extrañeza.

—Sí, un perrito o un gatito mono. Ginny últimamente no hace más que hablar de perritos y gatitos, ¿a que sí, Ginny?

—Qué va —replicó ella—. ¡En mi vida he hablado de perritos ni gatitos, y mucho menos ahora!

—No digas que no —insistí.

—Pero ¿qué lío os traéis, puede saberse? —exclamó mamá, llevándose al fregadero los cuencos del cereal.

—Hemos hecho una cosa mala, mamá —soltó Ginny de pronto—. ¡Ay! —Recibió otra patada mía, pero como si nada—. Mamá, anoche nos escapamos y fuimos en bici a Midnight Mansion a ver una función de magia, y no volvimos hasta después de medianoche. Perdóname, mamá. Fue por culpa de Tim; yo no quería ir.

Me tapé la cara con las manos. Será chivata...

«Ya está —pensé—. Estoy perdido. ¡Perdido!»

19

—Ginny, ¿qué decías? —preguntó mamá, secándose las manos con un paño de cocina—. Con el chorro del grifo no te he oído.

Respiré hondo. Qué suerte. Miré a Ginny y volví a darle con el pie. Esta vez le arreé fuerte de verdad.

—Nada, mamá —musitó Ginny—. No decía nada.

—¡Ale, preparaos para el colegio! —dijo mamá.

Yo aparté la silla de la mesa y arrastre a Ginny de la suya.

—Enseguida estaremos listos, mamá —le dije.

—Pero ¿qué te pasa? —susurré a Ginny en el vestíbulo—. ¿Querías meternos en un buen lío?

—El lío lo tendrás tú, no yo —replicó—. Tú eres el mayor y me obligaste a ir.

—Yo no te obligué a nada. ¡Además, prometiste no decir nada!

—Y tú, Tim, prometiste no tocar la maleta de Amaz-O hasta el sábado —me replicó. Pero esta mañana he entrado en el desván ¡y he visto que la has tocado! ¡La has abierto! ¡Y has estado jugando con las cosas!

—¿Yo? ¡Qué va! —mentí.

—Sí que lo has hecho. Una manga de la chaqueta se te había quedado fuera de la maleta. Y en el suelo había un pañuelo, ¡mentiroso!

—¿Y qué? Ya lo verás todo el sábado.

—Lo habías prometido —insistió ella, dándome un papirotazo en la nariz—. ¡Chan!

Me fui rabiando a mi cuarto. No hay manera de discutir con

Ginny. Siempre hace lo que quiere, aunque haya prometido otra cosa.

«No para de meterme en líos —pensé enfadado—. ¡Me vuelve loco! Ojalá hubiese una manera de hacérselo pagar. Una manera de hacerle pagar todo.»

En aquel momento no pensaba ni por asomo pronto la encontraría.

20

—Niños, ¿seguro que no queréis venir con nosotros a la exposición de antigüedades? —preguntó papá—. Podríais ver muchos chismes viejos interesantes.

—Seguro —insistí. Era sábado por la mañana y no pensaba más que en la maleta de magia de Amaz-O. Estaba deseando ponerle las manos encima.

Ojalá se marcharan enseguida mis padres.

—Bueno —dijo mamá, besando a Ginny y después a mí—. En la nevera tenéis ensalada de atún para comer. No volveremos hasta la noche.

—Que seáis buenos —añadió papá.

—Yo seré buena; pero Tim, no sé —declaró Ginny.

Intenté darle un empujón pero me esquivó.

—Seré bueno —prometí—. Lo soy siempre.

Mamá puso los ojos en blanco.

—No os peleéis mucho. Adiós —dijo.

Ah. Por fin. En cuanto se fueron corrí al teléfono y marqué el número de Foz.

—No hay moros en la costa. Vente —le dije.

A Foz le había contado lo del espectáculo de Midnight Mansion y lo de la maleta de magia de Amaz-O, y él me había suplicado que le dejase ver los trucos que contenía.

Nada más llegar Foz, subimos los tres al desvan y Ginny fue derecha a la maleta, pero yo la intercepté.

—¡Eeeh! —exclamó, situándose en posición de golpe de kárate

—. ¡Aparta!

—¡Ginny... no! —supliqué—. Hay muchas cosas raras en la caja. Deja que las vaya sacando yo.

—Vale. Pero no olvides que son de los dos —dijo, calmándose. Acerqué dos sillas.

—Sentaos —les dije—. ¡Vais a ver la mejor función de magia del mundo!

Fui al arcón de los juguetes, saqué la maleta de magia de Amaz-O y la coloqué ante Foz y Ginny.

—Primero —comencé a decir con voz de mago—, contemplad el tesoro mágico.

Les acerqué la maleta para que la mirasen y la de golpe.

¡Buum! Sonó una ruidosa explosión, igual que primera vez que yo la abrí.

¡Ginny y Foz saltaron de las sillas!

—¿Qué ha pasado? —gimió Foz, agarrándose la cabeza—. ¡Me ha estallado en la cara!

—No es más que un sonido trucado —le dije, tronchándome de risa.

—No tiene gracia —se quejó Ginny.

—Si supierais la cara que habéis puesto... —añadí riéndome. Cogí la bolsa negra de las tres conchas con la bola roja y puse las conchas en fila sobre una mesita.

—Mirad con atención —dije, mostrándoles la bola roja—. ¿Veis esta bola? Ahora la pongo debajo de una concha. —Y simulé meterla debajo de la del medio, pero me la guardé en la palma de la mano y la deslicé por la manga.

Comencé a mover las conchas en la mesita, cambiándolas de posición.

—¿Debajo de qué concha está la bola? —les pregunté.

—De ésa —contestó Ginny, señalando la de la derecha.

—¿Estás segura? —le espeté—. Foz, ¿dónde crees que esta?

—En la misma que Ginny —dijo—. No he dejado de mirarla.

—Vamos a ver —dije, a sabiendas de que la bola no estaba debajo de aquella concha... ni debajo de ninguna. Notaba su contacto en la muñeca.

Levanté la concha y... me quedé pasmado: ¡había una bola! Una

bola roja, igual que la que había escamoteado.

—¡He acertado! —gorjeó Ginny—. Vaya truco más tonto.

—¡Es imposible! —chillé, sacando la bola de la manga. Si la había escamoteado...

—Qué raro —musité—. Voy a probar otra vez.

Tiré la primera bola al suelo y cogí la segunda para simular que la ponía debajo de otra concha y escamotearla de nuevo en la manga.

—Veamos —dije moviendo las conchas en la mesita, esta vez más rato.

—La bola está debajo de la primera —dijo Foz.

—Sí, la primera —añadió Ginny.

—¡Esta vez os equivocáis! —exclamé. Levanté la primera concha y... ¡otra bola roja!

—Eres un as, Tim —comentó Ginny burlona.

—Un momento —dije, y levanté las otras dos conchas.

¡Las tres tenían una bola roja!

—No me sale —farfullé. Volví a poner las conchas y a levantarlas. ¡Más bolas! ¡Ahora tenían todas tres bolas!

—No es el truco de la bola que yo conocía —comenté aturdido—. Debe ser otro.

—Es mucho más divertido que tu truco de tontos —dijo Ginny—. ¡Las bolas salen de no se sabe dónde!

Las conchas comenzaron a bailar y de ellas salían bolas como si fuesen palomitas de maíz. Díez bolas. Veinte. Toda la mesa llena de bolitas que caían al suelo.

—¡No paran de salir! —exclamó Foz pasmado—. ¡Van a formar un montón que nos llegara hasta el cuello!

«¿Cómo interrumpo esto?», pensé.

«¿Podré interrumpirlo?»

21

Cogí furioso las conchas y las guarde en la bolsita negra. Luego, recogí todas las bolas que pude y las guardé también.

—¡Venga, ayudadme! —supliqué.

Ginny y Foz se pusieron de rodillas a recoger bolas y las metimos todas en la bolsa. La cerré con el cordel y la eché en la maleta.

Pero la bolsa siguió moviéndose como si hirviera, por fin reventó y empezaron a salir bolas.

—¡Basta! —grité. Metí la mano en la maleta, cogí lo primero que toqué y la cerré de golpe.

—De verdad que no veo la gracia de ese truco —se quejó Ginny.

—Ahora otro truco —dije—. Éste es mejor. —Tenía en la mano la chistera aplanada—. A ver qué pasa.

Apreté la chistera para que se abriera y me la puse en la cabeza.

—Es un simple sombrero —dijo Foz rebulléndose nervioso—. ¡Qué calor hace aquí! ¿Por qué no vamos a la cocina a comer algo?

—Pero ¿es que no os dais cuenta? —chillé—. ¡Tenemos el maletín de magia de Amaz-O! Vale, aún no sé cómo funciona todo. ¡Pero cuando lo sepamos podemos hacer el mejor espectáculo de magia jamás visto!

—Y yo podría ser la hermana de un mago famoso —dijo Ginny bostezando—. Vaya cosa.

—Ese sombrero de copa te sienta guai —dijo Foz—. ¿Vamos a comer algo?

—Yo también tengo hambre —añadió Ginny.

—¡Esperad! —exclamé. Notaba que algo se movía en el sombrero y me lo quité.

—¡Una paloma blanca! —exclamó Foz.

—Ése sí que es un buen truco —admitió Ginny.

Me quité la paloma de la cabeza.

—¿Cómo vuelves a la chistera? —dije.

Pero, sin que me diese tiempo a intentar nada, de la chistera salió otra paloma.

Dejé en el suelo a la segunda paloma.

—¡Otra que sale! —gritó Foz.

Una tercera paloma echó a volar de la chistera y fue a posarse en una vieja lámpara. Y salió una cuarta, y una quinta...

Foz comenzó a reírse.

—¡Los trucos están descontrolados!

—¡No tiene gracia, Foz! —le repliqué.

—Vamos a meternos en un buen lío —nos advirtió Ginny—. ¡Hay que encontrar la manera de deshacerse de esos pájaros!

El desván se iba llenado de palomas que revoloteaban... Y no paraban de salir. Sí, desde luego teníamos que librarnos de ellas. Pero ¿cómo?

—A ver si hay algo ahí dentro que nos sirva —dije, abriendo la caja. ¡Buuum!, se oyó otra vez la maldita explosión, y docenas de bolitas rojas me saltaron a la cara.

—Me estoy hartando —murmuré.

Aparté con las manos montones de bolas y saqué un largo palito negro con punta blanca. ¡Una varita mágica!

—¡Tal vez esto valga! —exclamé. Esperaba que sirviera para algo porque el desván estaba hecho un asco con palomas y bolas rojas por todas partes.

—¡La solución! —anuncié—. Seguramente que Amaz-O emplea esta varita para interrumpir los trucos de magia.

—Ojalá no te equivoques —dijo Ginny—. Si no funciona vamos a tener que irnos de casa.

—Sí que funcionará —repetí—. Tiene que funcionar.

Agité la varita y exclamé:

—¡Parad! ¡Que pare todo!

22

¿Funcionó?

Qué va.

Salían mas palomas de la chistera y más bolas rojas de la bolsa.

—¡La varita mágica es lo único que no funciona! —dijo Foz, carcajeándose.

—¡Estaos quietos! —les grité—. ¡Dejadme pensar! ¿De acuerdo?

—¡Atiza! —gritó Ginny—. ¡Una serpiente!

Señalaba con el dedo a la maleta, de la que salía una serpiente. Y otra. Y otra.

¡Las serpientes mecánicas resucitaban!

Pronto todo el suelo estuvo lleno de serpientes sibilantes que se retorcían sobre las bolas rojas, del techo caían plumas de paloma y el desván estaba tan lleno de cosas que apenas si podíamos ver.

Ginny soltó un chillido al notar que una serpiente le subía por la pierna.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

Abrió de par en par la puerta del desván y, seguida de Foz, echó a correr escalera abajo. Yo cogí la maleta y fui tras ellos. Vi que una serpiente me seguía.

—¡Vuélvete ahí dentro! —vociferé, cogiéndola y tirándola dentro del desván. Cerré la puerta, empujé para asegurarme de que no se abría y bajé corriendo. Al llegar a la planta baja me precipité al patio trasero.

Una ráfaga de aire frío me dio en la cara como una bofetada. El viento alborotaba el pelo de Ginny.

—¡Serpientes... puaf! —chillaba—. Tim... ¿qué vamos a hacer?
¡Cuando papá y mamá vean el des van estaremos perdidos!

Foz miraba la maleta de los trucos.

—¿Para que la has traído? ¡Es un peligro!

—Aquí fuera no pasará nada —dije—. Da igual que salga una bandada de pájaros, ¿no? Se irán volando...

No estaba tan seguro de ello, pero no iba a devolver la maleta de Amaz-O sin examinarla bien antes. No podía.

—Date prisa, Tim. Me muero de hambre. ¡Es la hora de comer!
—gimió Ginny.

—Un momento, un momento —dije abriendo la maleta.
¡Puum! Qué fuerte sonaba en el exterior; sobre todo con aquel viento brutal.

Sostenía la varita mágica en la mano, preguntándome: «¿Para qué servirá?»

La agité un poco pronunciando nombres de mago inventados:

—¡El Gran Increíble! ¡El Señor Terrorífico...! No está mal. ¡No toques eso, Ginny!

Ella andaba fisgando en la maleta.

—Prometiste que lo compartiríamos, ¿vale? —me replicó. Y su rostro se iluminó—. ¡Huy, qué fantástico!

Y sacó una zanahoria.

—Lo que deseaba... algo de comer.

—¡Deja eso! —le ordené.

—Está tierna —dijo—. ¡Ñam!

Y abrió la boca dispuesta a morderla.

—¡Ginny... no! —grite—. No sé si deberías comerla. No sé si...

Ginny nunca me hace caso.

Dio un mordisco a la zanahoria y un fogonazo de luz blanca me cegó un instante.

Cuando volví a ver con claridad ¡contemple lo más extraordinario de mi vida!

23

La zanahoria cayó en la hierba, la nariz de Ginny se fue arrugando y comenzó a encogerse.

Y a medida que se iba encogiendo su pelo rubio se fue haciendo blanco. La nariz se le puso color rosa, en la cara le creció pelo blanco y bigotes y comenzó a empequeñecer, haciéndose lanosa y más blanca...

—¡Es increíble! —exclamó Foz, conteniendo un grito—. ¡Tu hermana... se ha convertido en conejo!

Ginny estaba en la hierba, meneando su naricilla rosada y mirándome con sus ojos de conejo. Movía sus patitas y hacía ruiditos conejiles de rabia.

—¡Tío, está que echa chispas! —gritó Foz.

—Mi deseo hecho realidad —le dije yo, pasmado.

—¿De qué hablas? —preguntó Foz, agarrándome de los hombros—. Tim, reacciona. ¡Tenemos que hacer algo! ¿Qué va a pasar cuando vuelvan tus padres?

—Le dije a Ginny que la convertiría en conejo —le expliqué, aturdido— en represalia por fastidiarme mis actuaciones de magia. ¡Y mira, ahí está, hecha un conejo!

Ginny-conejo se alzó sobre las patitas traseras, dirigiéndome gestos enfurecidos. Luego, dio un salto y me dio un puntapié en la espinilla con una de sus patas de conejo.

—¡Ay! —exclamé—. ¡Duele tanto como uno de sus golpes de kárate!

—Tim, busca en la maleta —me urgió Foz—. Tiene que haber

algún modo de hacer que vuelva a ser ella.

—Tienes razón, ¡tiene que haber un modo! —Mis ojos cayeron sobre la zanahoria que estaba en el césped—. La zanahoria —dije—. Cuando Ginny la mordió se convirtió en conejo. ¡Tal vez si la muerde un conejo ella vuelva a transformarse en niña!

—¿Cómo? —dijo Foz.

Cogí precipitadamente la zanahoria.

—Nada se pierde con intentarlo, ¿no? Si ya es conejo ¿qué más puede sucederle?

Arrimé el trozo de zanahoria a la boca de Ginny.

—Vamos, Ginny, da otro bocado.

Ella, mosqueada, miró la zanahoria, cerró la boca y volvió la cabeza.

—¡Será mocosa! —grité—. Quieres crearme problemas, ¿verdad? ¡Quieres seguir siendo conejo para buscarme la ruina!

Foz me arrebató la zanahoria de la mano.

—Cálmate, Tim. ¡La estás asustando!

Ginny enderezó sus largas orejas de conejo... Oía algo. Y yo. Se acercaba un coche. ¡Y entraba en el camino de casa!

—¡Deprisa, Ginny! —exclamé—. Creo que son papa y mamá. Da un mordisco y te volverás a convertir en chica. ¡Estoy seguro!

Ginny me miraba desconfiada y olisqueó la zanahoria arrugando la nariz.

—¡Deprisa! —repetí.

Ella abrió la boca y dio un mordisquito.

Foz y yo la mirábamos aterrados. «Por favor, que funcione —recé—. ¡Por favor que funcione!»

24

La nariz de conejo de Ginny se movía como si tuviera un tic. Enderezó las orejas y luego volvió a dejarlas caer.

No sucedió nada. Seguía siendo un conejo.

—¡Ahí llegan papá y mamá! —grité—. Foz... quédate con Ginny. ¡Si papá y mamá te preguntan, di que es el conejo de tu hermana!

Eché a correr hacia el camino de entrada y vi un coche que hacía marcha atrás... No eran papá y mamá, sino alguien que daba la vuelta en el camino de entrada a nuestra casa. Guau. Por qué poco.

El viento soplaba a rachas cuando volví corriendo a donde estaban Foz y Ginny. Foz estaba arrodillado rebuscando en la maleta de magia, y Ginny daba saltitos impaciente.

En el césped estaba la varita mágica. «A lo mejor funciona —pensé, cogiéndola—. ¡Tengo que volver a transformarla!»

La agité en dirección a Ginny.

—¡Convierte a mi hermana en chica! —grité.

Nada.

—Quizá haya que decir el conjuro en verso —sugirió Foz—. Los magos lo hacen así.

—Vale —volví a agitar la varita—. A ver... ¡Varita mágica, viento agitado, que Ginny vuelva a su estado!

La varita comenzó a moverse.

—¡Algo va a suceder! —grité.

La punta blanca de la varita se desprendió y del extremo surgió un pañuelo.

—¡Guau! —exclamó Foz en voz baja.

Salió uno azul, otro rojo y uno amarillo; pero el viento se los llevó antes de que pudiera cogerlos.

Me volví hacia Ginny. Seguía siendo conejo.

—No ha funcionado —dije entristecido, tirando la varita en la hierba—. Sólo sirve para hacer esa idiotez de los pañuelos.

Me acerqué a la caja de magia y Ginny me saltó encima, tratando de mordirme la pierna.

—¡Cuidado con lo que haces! —le advertí—. ¿No ves que intento ayudarte?

Ella frunció la nariz, enfadada.

Yo empecé a rebuscar en la maleta y Foz se acercó. Lo fui sacando todo. De un bolsillo interior salió un papel. Lo cogí al vuelo y vi que decía: INSTRUCCIONES.

—¡Mira! —exclamé—. ¡Las instrucciones! ¡Ahora mismo te vuelvo normal! —dije, dándole a Ginny una palmadita entre las orejas.

Levanté el papel a ver qué decía. «Instrucciones. Para usar la chistera mágica...»

—Esto no. Ahora no me hace falta eso... —Seguí buscando a ver si decía algo sobre conejos—. ¡Aquí está! —exclamé—. «La zanahoria mágica...»

En ese momento una fuerte ráfaga azotó el patio y el papel se me voló de las manos.

—¡No! —grité, tratando de cogerlo—. ¡Que lo necesito!

Contemplé desesperado cómo el viento se lo llevaba hacia lo alto.

25

—¡Coge el papel! —chillé. El viento lo arrastraba por el patio y me lancé como una flecha a por él.

Foz me adelantó veloz, gritando:

¡Buuuuf! Otra fuerte ráfaga y el papel se fue, mientras Foz aterrizaba de cuatro patas en el suelo.

Pasé corriendo a su lado tras el papel, que se fue volando al jardín de los vecinos.

—¡Cógelo! —gritaba Foz, corriendo detrás de mí—. ¡Se va hacia el bosque!

El viento dejó de soplar un minuto y el papel, cayó en la hierba.

Me tiré en plancha para cogerlo, pero justo en ese momento el viento se levantó y se lo llevó.

—¡Maldita sea! —exclamé.

—¡Ahí va! —gritó Foz. El papel volaba en dirección al arroyo y estuvo flotando un momento sobre la corriente antes de caer al agua. Foz cruzó nuestro jardín para alcanzarlo.

—¡Que no se moje! —grité.

Demasiado tarde; ya estaba hecho una sopa.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Foz, inclinándose sobre el arroyo para cogerlo; pero la corriente lo arrastró. Foz y yo lo seguimos arroyo abajo casi sin aliento; no podíamos ir tan deprisa como la corriente.

—Se nos va —dijo él indignado. Y a momentos después lo perdíamos de vista.

Nos tumbamos los dos, agotados.

—Ya está —gruñí—. Nos hemos quedado sin él. ¿Y ahora cómo

transformó a Ginny en chica?

Foz se puso en pie con esfuerzo y me dio la mano para que me levantara.

—Que no te gane el pánico, Tim. Con el pánico no se arregla nada.

Gran consejo.

Volvimos corriendo a donde estaba Ginny. Yo esperaba que tal vez en nuestra ausencia se hubiese transformado mágicamente en chica. No hubo esa suerte.

Ginny se percató de que no habíamos encontrado las instrucciones y comenzó a dar saltos por el patio, lanzando rabiosos chillidos de conejo.

Foz la observaba frotándose el pelo cortado a cepillo.

—Caray, sí que está nerviosa —comentó.

Yo me arrodillé para hablar con ella.

—No te apures, Ginny —susurré para calmarla—. Tengo una idea. Ahora mismo voy a llevarte a Amaz-O, y él te convertirá en chica. Estoy seguro.

Con una de sus largas orejas de conejo, Ginny me golpeó en la nariz. No podía decir «¡Chan!», pero no había necesidad porque yo noté perfectamente lo que quería decir.

—Vamos a recoger esto —le dije a Foz, y comenzamos a guardar en la maleta de Amaz-O todas las cosas que había en el césped—. Amaz-O no querrá ayudarnos si no le devolvemos su estuche de magia.

Foz cogió mi bici y colocó la maleta sobre el manillar. Yo me agaché para coger a Ginny.

—Vamos, hermana-conejito —dije, arrullándola. Pero cuando la agarraba del lomo me mordió en la muñeca.

—¡Ay! —exclamé, soltándola—. ¿Quieres, sí o no, que te ayude?

Se puso a dar saltos, enfadada. Yo sabía lo que estaba pensando. Si no volvía a transformarla en chica iba a verme tan apurado como ella. No tenía opción.

Volví a alargar la mano para cogerla.

—No vayas a morderme —le advertí— o te pongo un bozalito.

Se rebulló inquieta en mis brazos pero no me mordió, y yo la metí en el canastillo de su bicicleta.

—A Midnight Mansion —le dije a Foz. Y nos pusimos en marcha pedaleando con ganas con el fuerte viento en contra.

Cruzamos la ciudad como una exhalación. Las largas orejas de Ginny me rozaban la cara, y en mis oídos resonaban las palabras de Amaz-O: «¡Lárgate, estúpido!», me había dicho. Me pregunté si realmente me ayudaría.

«Tiene que hacerlo —me dije—. Se alegrará de recuperar su maleta.

»Le obligaré a que nos ayude —decidí—. No le daré la maleta hasta que vuelva a convertir en chica a Ginny.»

Entramos en el aparcamiento de Midnight Mansion. El viejo castillo parecía tan siniestro de día como de noche. No había focos que arrojaran sombras sobre las torres de piedra, pero sus paredes grises cubiertas de enredaderas le daban un aspecto de lugar fantasmal y abandonado.

Frené con un patinazo frente al edificio. Foz llevaba el estuche de magia y yo cogí a Ginny del cestillo.

—Sé buena —le advertí cuando subíamos la escalinata—. Recuerda que procuro ayudarte, no se te vaya a ocurrir mordirme o algo así.

Me olisqueó con su nariz y, abriendo sus labios de conejo, me enseñó los dientecillos.

—Vale, muérdeme —musité—. Veremos qué tal lo pasas el resto de tu vida convertida en conejo. ¡Si ni siquiera te gusta la lechuga...!

Cerró la boca y volvió a arrugar la nariz. Da igual que sea una chica o un conejo, porque de todos modos es un tormento.

Nos detuvimos en lo alto de la escalinata.

—¡Oh, no! —exclamé, conteniendo un grito—. ¡No puede ser! En la puerta había un letrero que decía: CERRADO. PERDONEN LAS MOLESTIAS.

26

—¡No! —exclamé, dando un cabezazo en la puerta.

—Este lugar me da mucho miedo; parece el castillo del conde Drácula. Vámonos —añadió temblando.

—Esta maleta de Amaz-O pesa mucho —comentó, dejándola en el suelo—. ¿Te parece que la dejemos en la puerta?

Le miré furioso.

—No, no podemos dejarla en la puerta. Y no nos vamos aún.

Apreté a Ginny en mis brazos mientras pensaba.

—Bueno, está cerrado, pero quizás Amaz-O está dentro, ensayando o algo ¿No?

—Pues podría ser —me dijo Foz—. Pero no creo que...

—Hay que probar —insistí, empujando la puerta. Pero, claro, estaba cerrada con llave.

—Tiene que haber otra entrada —dije—. Alguna puerta trasera —añadí, bajando a toda prisa la escalinata y dando la vuelta a la esquina del edificio.

—¡Trae la maleta, Foz! —ordené.

Él me siguió arrastrándola, mientras yo abría bien los ojos por si había vigilantes.

En la parte de atrás encontramos una puerta.

Empujé ¡y se abrió sin dificultad!

Entramos despacio y nos encontramos en las cocinas. Un local largo, estrecho y limpiísimo. No había luz, pero nos guiábamos por la que entraba por una ventana del fondo.

Foz pasó ante un gran frigorífico de acero inoxidable.

—Seguro que ahí dentro hay cosas de comer estupendas — murmuró—. Tarta de merengue de limón o algo por el estilo.

Yo le tiré del brazo.

—¡Ahora no es momento de pisolabis! —le corté—. ¡Vamos!

Salimos de las cocinas y enfilamos un pasillo largo y oscuro. Lo reconocía: era el mismo pasillo que yo había cruzado al salir del sótano la vez en que Amaz-O me había dejado encerrado.

«Y será la última», me dije para mis adentros.

Lo recorrimos de puntillas y en el extremo vimos la puerta del camerino de Amaz-O; estaba entreabierta y por la ranura salía luz al pasillo.

«¡Sí! —pensé—, buena señal»

Con Ginny en los brazos, me acerqué despacio a la puerta. «Por favor, por favor, que esté —rogué en silencio—. Por favor, que esté Amaz-O y nos ayude.»

Me detuve ante la puerta y respiré hondo.

—Señor Amaz-O, ¿está ahí?

27

No contestó.

Volví a probar.

—Oiga, señor Amaz-O.

—No está —dijo Foz—. Vámonos.

—Chssss —le susurré, empujando la puerta y entrando en el camerino. Una lamparita, de luz mortecina, alumbraba el tocador. El gran Amaz-O estaba sentado en el sofá y desde la puerta se le veía la parte izquierda del cuerpo. Miraba a la pared y no pareció advertir nuestra presencia.

—Señor Amaz-O —le dije cortésmente—. Soy yo otra vez. El que hizo desaparecer en su espectáculo.

Pense que ahora Amaz-O volvería la cabeza para mirarnos, pero no. No se movía y seguía sentado.

«Vaya —pensé—, si que detesta a los chicos. O detesta a sus admiradores, o a todo el mundo. Qué se yo.»

«Cuando yo sea un gran mago —me prometí—, no seré como Amaz-O. No dejaré que la fama se me suba a la cabeza. Seré amable con la gente.

Esto es absurdo.»

Me daba igual lo que le pasara a Amaz-O. Necesitaba que me ayudase... lo necesitaba desesperadamente. Y no iba a marcharme hasta que lo hiciera.

Di unos pasos más hacia el interior del camerino.

—Señor Amaz-O, lamento molestarle, pero es que necesito su ayuda. Es importante.

Amaz-O ni se movía. Seguía mirando a la pared en silencio.

—¿No estará dormido? —susurró Foz.

Yo me encogí de hombros. Volví a respirar hondo y me fui acercando despacio al sofá.

—Ya sé que me dijo que me largase —dije—. No le molestaría si no fuese un caso de vida o muerte... se lo juro.

No contestaba. Me volví hacia Foz, que estaba en la puerta encogido de miedo y como dispuesto a salir corriendo, y le hice seña de que entrase.

Foz entró y, temblando, dejó la maleta en el suelo.

Yo miré a Amaz-O pero él ni me hizo caso.

«¿Quién se creará que es? —pensé enfadado—. ¡No puede tratarme así! Yo no me voy hasta que me ayude a convertir a Ginny de nuevo en chica.»

Me armé de valor y me acerqué a él. No me miró, y yo le di unos golpecitos en el hombro.

Y cayó de lado. ¡Zump!

Foz contuvo un grito.

—¿Está...? ¿Está...?

Yo miré el cuerpo tumbado en el sofá.

—¡No está vivo! —grité—. ¡Amaz-O no está vivo!

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —decía Foz, retorciéndose las manos aterrado—. ¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Socorro!

—No está muerto —dije—. ¡Es un muñeco!

—¿Amaz-O... un muñeco de madera?

28

¿Cómo era posible? Miré al muñeco del sofá y no pude resistir tocarle la mejilla y... darle un pellizco para estar seguro.

¡Oh, guau!

Era cierto. Amaz-O era de madera.

—Pero... —farfulló Foz—, yo le vi en la tele y parecía de verdad.

—Y yo le vi vivo —dije—. Estuve en el escenario a su lado y me hizo desaparecer.

«¿Cómo es posible? —reflexioné—. ¿Cómo es posible que el mejor mago del mundo sea un muñeco?»

—No puede ser el que tú viste —insistió Foz, tocando al muñeco con el dedo—. Éste debe de ser un muñeco que tiene él por gusto. El auténtico Amaz-O estará por ahí.

Ginny-conejo se revolvía enojada en mis brazos.

—Tranquila —ordené, intentando acariciarla.

Lanzó un gruñido. Yo nunca había oído gruñir a un conejo. Sólo una Ginny-conejo es capaz de gruñir.

«Amaz-O, mi ídolo... qué impostor», pensé amargamente. No sólo se había portado conmigo como un impresentable, sino que además, ¡era un muñeco!

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Foz.

Meneé la cabeza sin saber qué decir.

—Ahora no podré volver a convertir a Ginny en chica —dije—. Papá y mamá me van a matar.

—¿Por qué no les dices que se ha fugado de casa? —sugirió Foz

—. De todos modos, no se van a creer que la hayas convertido en conejo.

—¿Y por qué iba a fugarse? —pregunté—. Ella era la niña mimada que todo lo hacía bien. Yo sí que debería fugarme.

Foz levantó la cabeza del muñeco para observarla.

—¿Cómo funcionará esto? —dijo.

De pronto se oyó una voz ronca que gruñó:

—¡Eh, bobo, te dije que te largases!

Yo me quedé helado.

—¿Has dicho algo, Foz? —pregunté.

El meneó la cabeza con los ojos muy abiertos.

También él lo había oído.

—¡Vamos, largo! ¡Vete! —ordenó la voz.

Miré por el cuarto sin ver a nadie.

—¿Ha sido el muñeco? —le pregunté a Foz.

—No-no creo —balbució él—. La voz ha salido del otro lado del camerino.

—No ha sido el maniquí, estúpido —refunfuñó la voz. Yo me volví para ver de dónde venía eso y vi al conejo blanco de Amaz-O sentado en una silla delante del tocador.

—Te dije que te largases. ¡Lárgate! —gruñó el conejo.

—Tim... ¿tú... has... visto? —tartamudeó Foz—. Me parece que es el conejo el que habla.

—Naturalmente que hablo, estúpido —dijo el conejo con desprecio.

—¿Hablas? —repetí yo pasmado.

—Me parece a mí que el del sofá no es el único muñeco que hay aquí —me cortó el conejo—. Yo puedo hacer muchas cosas. Soy mago.

Foz y yo mirábamos al conejo sin salir de nuestro asombro. Hasta Ginny dejó de rebullirse en mis brazos.

—No eres un mago —dijo Foz—, sino un conejo...

El conejo torció las orejas.

—¡Bah! Qué listos sois, chicos.

—No hace falta ser tan ruin —protesté.

—No hace falta ser tan estúpido —replicó el conejo—. Tengo aspecto de conejo, pero tu hermanita también. ¿O no?

—Tiene razón —dijo Foz.

—Soy el gran Amaz-O —dijo el conejo—. Amaz-O en persona. El doble del sofá es un muñeco que mandé hacer a mi imagen... la de antes.

Me quedé boquiabierto.

—¿Tú eres... Amaz-O? ¿Qué te sucedió?

El conejo lanzó un suspiro.

—Es una larga historia. Baste decir que tenía un rival... un rival muy poderoso. Un brujo, en realidad.

Foz ahogó un grito.

—¿Un brujo? ¿De verdad que existen?

—Te estoy hablando de uno, ¿no? —gritó el conejo.

—Sí, pero...

—Pues calla y escucha —masculló Amaz-O el conejo—. Si dejas de hablar te enterarás de algo.

Bueno, para abreviar —prosiguió—. Aquel brujo, Frank...

—¿Un brujo que se llama Frank? —le corté sin querer interrumpirle; simplemente se me escapó.

El conejo me miró furibundo.

—Sí, un brujo llamado Frank. ¿Pasa algo?

Yo negué con la cabeza.

—¿Me dejéis acabar o tenéis alguna otra necia pregunta que hacer?

Foz y yo negamos con la cabeza.

—Este que se llama Foz... —dijo Amaz-O señalándole— y tú queréis burlaros de ese que se llama Frank.

—Perdone —dije yo—, no quería burlarme de Frank.

—Es un tipo con muchos poderes —añadió Amaz-O—. En mí tenéis la prueba.

El conejo saltó de la silla, cruzó el camerino y se sentó en el sofá junto al muñeco.

—He aquí lo que sucedió —comenzó a decir—: Estaba yo en la cúspide de mi fama y era el mejor mago del mundo; salía en todos los espectáculos selectos de televisión y tenía millones de admiradores; tontitos como vosotros que me veían en la pantalla.

—¡Eh! —protesté—. No nos llame tontos.

Amaz-O, sin hacerme caso, continuó:

—Mis trucos eran los más sorprendentes jamás vistos y Frank me tenía envidia. Él era brujo y lo hacía todo solo en su sótano. Era capaz de encantamientos asombrosos... pero era bastante feo y tenía una voz de pito, y la gente se lo tomaba a guasa.

»Quería ser famoso como yo, pero no lo era. Y por eso me convirtió en conejo. Divertido, ¿verdad? Ja, ja, ja. Convertir en conejo al mago. Yuk, yuk, yuk.

Foz y yo nos miramos desconcertados. Aquel Amaz-O era un poco raro.

—Yo no tengo poder suficiente para romper el maleficio de Frank —prosiguió—. Yo soy mago, no brujo. Pero me negué a que truncara mi carrera y por eso hice construir ese muñeco mecánico igual a mí, y es él quien actúa en mi lugar, como hacía yo antes.

—Entonces, ¿usted dirige al muñeco? —preguntó Foz—. ¿Le presenta como si fuese el mago y le hace hacer los trucos?

—Es lo que he dicho —le cortó Amaz-O—. ¿Eres sordo, chico?

—Es usted muy grosero, ¿sabe, Amaz-O? —tercié yo, que ya me estaba hartando de sus desplantes—. ¡Es la persona... o el conejo... más grosero que me he echado a la cara!

Amaz-O dejó caer las orejas.

—Oye, perdona —dijo—. Es que me ataca los nervios ser conejo. Y, además, no puedo dejar que la gente se me acerque así como así... ¿sabes? No quiero que descubran mi secreto. Sería la ruina.

Ginny volvió a rebullirse en mis brazos. Casi me había olvidado de ella, y comprendí que más valía que me diera prisa y le pidiera a Amaz-O ayuda para devolverle su personalidad a mi hermana.

—Amaz-O, tenemos un problema tremendo —dije, tendiéndole a Ginny—. Comió un trozo de una zanahoria que había en su estuche de magia...

—¡Ah!, ¿lo admites, verdad? ¡Me robaste la maleta!

—Yo-yo sólo la tomé prestada —tartamudeé—. La he devuelto, ¿no ve? Lo siento.

—Por supuesto que lo sientes —me cortó él.

—¿Puede ayudarnos, Amaz-O? —supliqué—. Por favor, ¿puede ayudarme a transformar a Ginny en niña?

Amaz-O observó a Ginny con sus ojillos de conejo, mientras yo contenía la respiración aguardando su respuesta.

Se arrellanó en el sofá y meneó la cabeza.

—Lo siento mucho. No puedo hacer nada por ella —dijo.

—¡Nooo! —gemí, dejándome caer en una silla—. ¡Usted era mi última esperanza! ¡Estoy perdido!

—No me has dejado acabar —dijo él—. Yo no puedo hacer nada por ella... porque el encantamiento se deshará por sí solo.

—¡Bien, estupendo! —exclamó alegre Foz, alzando en el aire los puños.

—¿Cuándo? —pregunté yo—. Mis padres no tardarán en volver a casa.

—¿Cuántos bocados dio a la zanahoria? —preguntó Amaz-O.

—Dos —contesté yo.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Una hora más o menos —respondí.

—Vale —dijo Amaz-O—. Volveré a ser una chica dentro de media hora. ¿Te sientes mejor?

Yo asentí con la cabeza, suspirando de alivio.

«Por qué poquito; pero todo saldrá bien», pensé.

—Eh... —dijo Foz dando un brinco—, más vale que corramos y llevemos a Ginny a casa... antes de que se convierta en chica, ¡porque nos faltará una bici!

Yo le puse a Ginny en los brazos.

—Llévala tu, Foz. Yo iré dentro de unos minutos —dije, porque deseaba charlar un poco más con Amaz-O.

Con Ginny en los brazos, Foz se apresuró a salir del camerino.

—No tardes —me dijo por encima del hombro—, no quiero estar solo con Ginny cuando vuelva a convertirse en chica. Tengo la

impresión de que le va a dar por sacudir un golpe de kárate a alguien.

En respuesta a aquello, Ginny le pegó con las patitas en el pecho.

—Voy enseguida —prometí, y Foz se internó por el oscuro pasillo.

—Escuche, Amaz-O, de verdad siento haberle robado la maleta —dije—. Ha sido una mala acción.

—Aparta ese muñeco estúpido y siéntate en el sofá —dijo él. Empujé el muñeco y me senté a su lado.

—Te gusta mucho la magia, ¿verdad? —me dijo.

El corazón empezó a latirme con fuerza. ¡Era la conversación sincera que tanto anhelaba tener con Amaz-O!

—Sueño con ser mago —le dije—. Un gran mago como usted. ¡Daría cualquier cosa! ¡Lo que fuese!

—Lo hiciste estupendamente el otro día, ¿sabes? —dijo Amaz-O—. Desapareciste muy bien, chico.

—Gracias.

Amaz-O permaneció quieto un instante; como si estuviera pensando.

—Dime, chico... —dijo por fin—, ¿te gustaría incorporarte al espectáculo? Me estoy cansando de trabajar con ese muñecote de madera.

—¿Yo? —Ahora sí que el corazón me palpitaba con fuerza—. ¿Quiere que trabaje en el espectáculo? —Estaba tan emocionado que salté del sofá; pero volví a sentarme rápidamente—. ¿Lo dice en serio, Amaz-O? ¿Cree que yo podría...?

Amaz-O brincó hasta la puerta del camerino y la cerró de una patada.

—Podemos probar...

30

Y así fue como me integré en la función de Amaz-O. Estaba tan emocionado por ser mago que le dije sí sin pensarlo. Ojalá le hubiese hecho algunas preguntas antes.

A ver si me explico. Me encanta estar en el escenario ante un público que aplaude y grita «¡bravo!»

Pero no me gusta esconderme dentro de la chistera negra. Y detesto cuando el muñeco de Amaz-O me saca de ella tirando demasiado fuerte de las orejas. Me hace verdadero daño.

Y detesto cuando se les olvida limpiarme la jaula. ¡A veces lo dejan de hacer varios días!

Creo que cometí una equivocación. Lo que sucedió es que cuando Amaz-O dijo que estaba cansado de trabajar con el muñeco, pensé que quería que yo le reemplazase.

Sin comprender que lo que él quería era retirarse y que le sustituyera ¡a él mismo!

No me quejo. Amaz-O me da mucha lechuga tierna y todas las zanahorias que quiero. Y tengo por fin un nombre artístico. No es el que yo hubiera preferido, pero no deja de ser un nombre profesional: «Pelusón.»

Lo mejor de todo es que estoy en escena todas las noches ¡en un espectáculo de magia! ¡El sueño de toda mi vida!

¿Cuántos chicos, digo, conejos, pueden presumir a los doce años de que su sueño se haya convertido en realidad?

Tengo verdadera suerte... ¿no os parece?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.